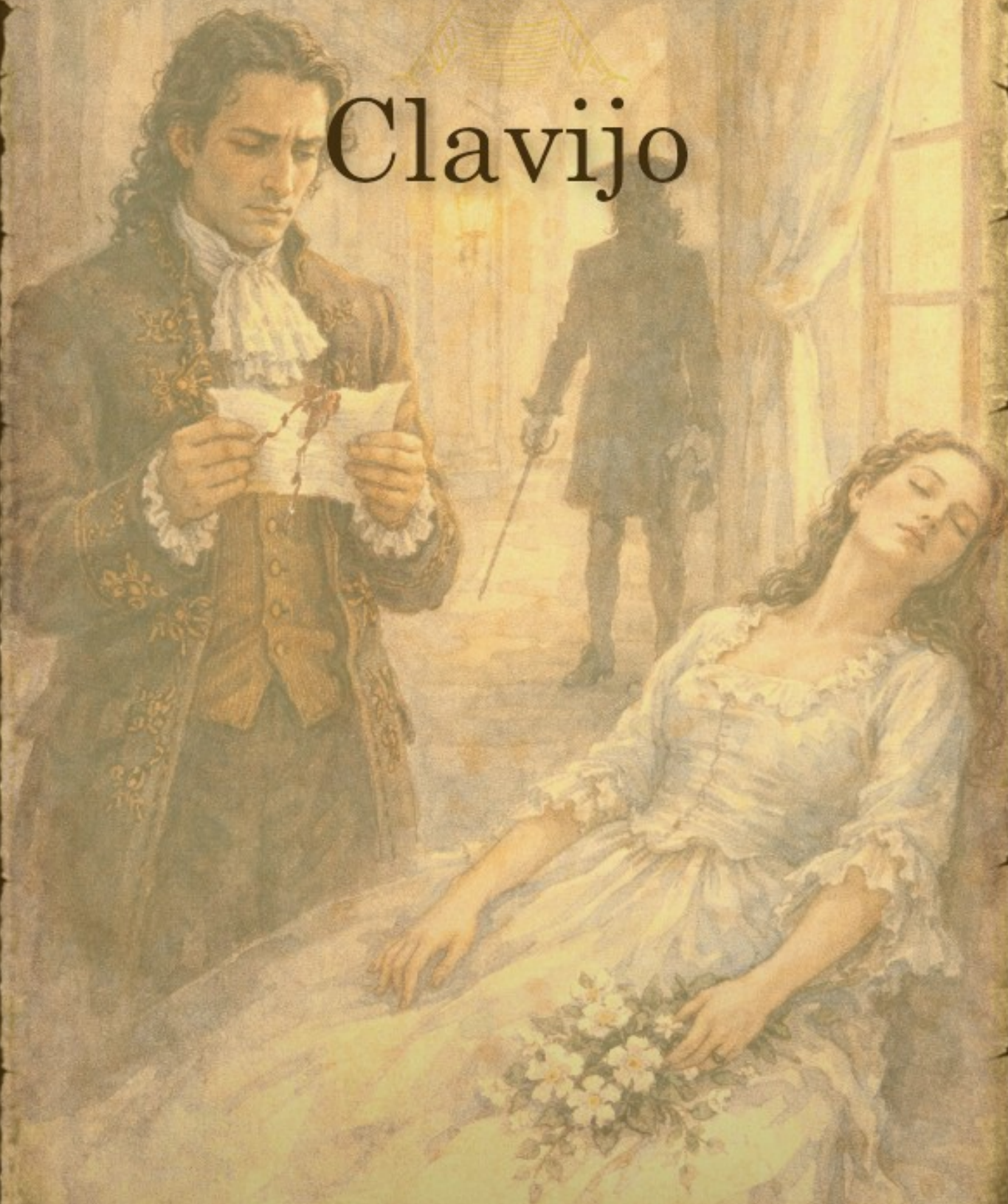


# Goethe Clavijo



**E LEJANDRIA**

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **CLAVIJO**

**GOETHE**

**PUBLICADO: 1774  
FUENTE: BNE DIGITAL  
TRADUCCIÓN: R. M. TENREIRO**

# PERSONAS

- CLAVIJO , archivero del rey.
- CARLOS , amigo suyo.
- BEAUMARCHAIS .
- SOFÍA BEAUMARCHAIS .
- GUILBERT , su marido.
- BUENCO .
- SAINT-GEORGE .
- MARÍA BEAUMARCHAIS .

La escena en Madrid.

---

## ACTO PRIMERO

## **Vivienda de Clavijo.**

**(CLAVIJO, CARLOS.)**

**CLAVIJO**

—(Levantándose de la mesa de escribir.) El número hará efecto; encantará a las mujeres. Dime, Carlos, ¿no crees tú que mi semanario es ahora uno de los primeros de Europa?

**CARLOS**

—Los españoles, por lo menos, no tenemos ningún autor nuevo que mezcle tanta fuerza de pensamiento y fantasía tan floreciente con un estilo tan brillante y ligero.

**CLAVIJO**

—¡Ya verás! He de ser el iniciador del buen gusto en este pueblo. Las gentes están dispuestas a recibir toda suerte de impresiones; entre mis conciudadanos disfruto de un buen nombre glorioso, y, dicho sea entre nosotros, de día en día se extienden mis conocimientos, se amplían mis sensaciones, y mi estilo se hace cada vez más auténtico y fuerte.

**CARLOS**

—¡Está bien, Clavijo! Pero si no lo tomas a mal, te diré que me gustaban mucho más tus trabajos cuando los forjabas a los pies de María, cuando aún denotaba influjo sobre ti aquella amable y animosa criatura. No sé por qué; pero todo te salía entonces con un aire juvenil y florido.

**CLAVIJO**

—¡Ah, Carlos! Aquellos eran los buenos tiempos que no vuelven. Reconozco francamente que entonces escribía con el corazón más abierto, y no deja de ser verdad que a ella le toca una buena parte del aplauso que desde el principio me otorgó el público. Pero, a la larga, amigo Carlos, acaba uno por hartarse de las mujeres. ¿No fuiste tú el primero en aplaudir mi decisión cuando me resolví a dejarla?

## **CARLOS**

— ¡Te habrías petrificado! Las mujeres son siempre lo mismo. No obstante, me parece que ya se va haciendo hora de tender a otro móvil, porque de nada sirve estarse en la inacción.

## **CLAVIJO**

— Mi móvil es la corte, y no hay tiempo de pensar en otra cosa. ¿No he llegado ya bastante lejos para ser un forastero que vino sin profesión, sin nombre ni fortuna? ¡Aquí, en la corte, entre las apreturas del ávido gentío, donde tan difícil es sostenerse, hacerse notar! Me resulta muy grato volver la vista al camino que queda a mi espalda. ¡Estimado por los primeros personajes del reino! ¡Respetado por mi saber y mi posición! ¡Archivero del rey! Esto mismo me sirve de estímulo, Carlos amigo; no sería nada si me estancara donde estoy. ¡Arriba, arriba! Acá se requieren fuerza y astucia. Necesita uno de toda su mente... ¡Y las mujeres, las mujeres!... Desperdiciamos demasiado tiempo en jugueteos con ellas.

## **CARLOS**

— Tuya es la culpa, loco. Jamás pude vivir sin mujeres, y nunca me estorbaron nada. Claro que no les digo tantas lindezas como tú, ni me mortifican meses enteros los sentimentalismos y zarandajas tales. Por eso no me gusta topar con muchachas honradas. Pronto se acaba todo lo que puede tratarse junto a ellas; después se arrastra uno a su alrededor durante algún tiempo, y apenas han entrado un poco en calor, gracias a nosotros, cuando el diablo les inspira ideas y propósitos de matrimonio, cosa que temo tanto como la peste. ¿Estás pensativo, Clavijo?

## **CLAVIJO**

— No puedo librarme de la idea de que he abandonado a María, de que la he burlado... o como quieras calificarlo.

## **CARLOS**

— ¡Es asombroso! Sin embargo, me parece que no se vive en este mundo más que una vez, que sólo una vez se dispone de esta fuerza, de estos pensamientos, y quien no los emplea del mejor modo, quien no los lleva tan lejos como sea posible, es un insensato. ¡Y casarse! ¡Casarse en el preciso instante en que empieza a tomar vuelos nuestra existencia! ¡Establecerse doméesticamente, limitarse cuando aún no hemos dejado detrás de nosotros la mitad de nuestras peregrinaciones y no hemos alcanzado la mitad de nuestras victorias! Que le hubieses cobrado cariño, fue cosa natural; que le dieras palabra de casamiento, fue una locura; pero habérsela cumplido, habría sido un frenesí completo.

### **CLAVIJO**

— Oye: no puedo comprender a los hombres. La quise de verdad, me atraía, me cautivaba. Cuando me encontraba a sus pies, le juraba y me juraba a mí mismo que siempre había de estar así, que había de ser su esposo tan pronto como tuviera una posición, un empleo... ¡Y ahora, Carlos!

### **CARLOS**

— Cuando poseas un nombre consagrado, cuando hayas alcanzado la apetecida meta, será hora de que trates de aliarte con una familia rica y prestigiosa, mediante un casamiento razonable, para coronar y dar solidez a tu dicha.

### **CLAVIJO**

— Se ha borrado de mi corazón, se ha borrado por completo, y si la idea de su desgracia no me pasara a veces por la memoria... ¡Cómo puede uno cambiar tan totalmente!

### **CARLOS**

— Lo que a mí me admiraría sería que fuéramos constantes. Fíjate, pues. ¿No cambia todo en el mundo? ¿Por qué habían de permanecer invariablemente nuestras pasiones? Puedes estar tranquilo; no es la primera muchacha abandonada, ni la primera que se haya consolado. Si he de aconsejarte, ahí tienes a la viuda de enfrente...

**CLAVIJO**

— Ya sabes que no doy gran importancia a semejantes proposiciones. Una novela que no nace espontáneamente, no puede interesarme.

**CARLOS**

— ¡Hay gente delicada!

**CLAVIJO**

— Dejémonos de esto, y no olvidemos que en la actualidad nuestro principal trabajo consiste en hacernos imprescindibles al nuevo ministro. Es fastidioso que Wall renuncie al gobierno de las Indias. Aunque no me asusto mucho, ya que su influencia continúa... Grimaldi y él son amigos, y nosotros sabemos charlar y hacer reverencias...

**CARLOS**

— Pensando y obrando como queramos.

**CLAVIJO**

— Eso es lo principal en el mundo. (Toca la campanilla. Entra un criado.) Lleva el número a la imprenta.

**CARLOS**

— ¿Nos veremos esta noche?

**CLAVIJO**

— No es fácil; pero puedes preguntar más tarde... Esta noche querría hacer algo que me alegrara el alma. He de pasarme toda la tarde escribiendo. Esto no tiene fin.

**CARLOS**

— ¡No te quejes! Si no trabajáramos para tanta gente, no nos habríamos elevado sobre tantas cabezas. (Vanse.)

---

**Vivienda de Guilbert.**

**(SOFÍA GUILBERT, MARÍA BEAUMARCHAIS, DON BUENCO.)**

**BUENCO**

— ¿Ha pasado usted mala noche?

**SOFÍA**

— Ya se lo dije antes de acostarnos. Estaba demasiado alegre y charló hasta las once; quedó excitada y no pudo dormir, y ahora se encuentra otra vez sin ánimos y ha llorado toda la mañana.

**MARÍA**

— ¡Mi hermano sin llegar, y ya pasan dos días de la fecha marcada!

**SOFÍA**

— Un poco de paciencia; aún no se retrasa.

**MARÍA**

— (Levantándose.) ¡Qué deseos tengo de ver a ese hermano, mi juez y salvador! Apenas me acuerdo de él.

**SOFÍA**

— Pues a mí me parece estar viéndolo aún: era un mancebo de trece años, ardiente, franco y bravo, cuando nuestro padre nos mandó aquí.

**MARÍA**

— Un alma grande y noble. Usted leyó la carta que escribió al saber mi desgracia. Cada una de sus expresiones la llevo impresa en mi corazón. "Si eres culpable —decía—, no esperes perdón; al peso de tu miseria se añadirá el desprecio de un hermano y la maldición de un padre. Pero si eres inocente, entonces, la mayor venganza, la más terrible venganza sobre el traidor." ¡Tiemblo! ¡Va a venir! Pero no tiemblo por mí, que soy inocente delante de Dios... Amigos míos, vosotros debéis... No sé lo que quiero. ¡Oh, Clavijo!

### **SOFÍA**

— ¡No haces caso de nada! ¡Vas a acabar contigo!

### **MARÍA**

— Estaré tranquila. Sí. No lloraré. Se me figura, además, que ya no me quedan lágrimas. ¿Y por qué había de llorar? Lo único que siento es amargos a todos la vida. Porque, bien considerado, ¿de qué me quejo? He sido muy dichosa mientras vivió nuestro viejo amigo. El amor de Clavijo hizo también muy feliz, acaso más que el mío a él. Y ahora, ¿qué vale ya todo? ¿Qué importo yo? ¿Qué importa que una doncella tenga el corazón destrozado, se consuma de pena y pase entre tormentos su pobre juventud?

### **BUENCO**

— ¡Por el amor de Dios, mademoiselle!

### **MARÍA**

— ¿Le será igual no tenerme ya cariño? ¡Ay! ¿Por qué habré dejado de ser digna de amor?... ¡Pero sentiré lástima, tendrá lástima de mí! ¡Lástima de la infeliz para quien tan necesaria había llegado a ser su compañía, y que ahora, sin él, irá arrastrando lamentablemente su vida! ¡Lástima! No quiero ser compadecida de los hombres...

### **SOFÍA**

— Si pudiera enseñarte a despreciarlo. Ese infame, ese monstruo...

## MARÍA

—No, hermana; infame no lo es. ¿También he de despreciar a quien odio?... ¿A quien odio? Sí; a veces llego a odiarlo...; a veces, mientras el espíritu español sopla sobre mí. Hace poco, cuando tropezamos con él, su presencia me infundió pleno y encendido amor. Y después, ya en casa, al pensar cómo se había portado, al recordar la tranquila y fría mirada que hubo de lanzarme desde el lado de aquella brillante dama, me sentí española de corazón, eché mano a mi puñal, llevé conmigo un veneno, me disfracé... ¿Se asombra usted, Buenco? Con el pensamiento, se entiende.

## SOFÍA

—¡Insensata!

## MARÍA

—Mi imaginación me llevó tras él: lo vi a los pies de su nuevo amor, tan cariñoso y humilde como cuando a mí me hechizara... Apunté al corazón del traidor. ¡Ay, Buenco! De pronto volví a ser la infeliz francesa que no sabe de filtros de amor ni conoce el puñal para sus venganzas. ¡Pobres de nosotras! Vaudevilles para divertir a nuestros amantes, abanicos para castigarlos, y si son infieles... Dime, hermana: ¿qué se hace en Francia cuando son infieles los amantes?

## SOFÍA

—Se los maldice.

## MARÍA

—¿Y...?

## SOFÍA

—Y se los deja que se vayan.

## MARÍA

— ¡Que se vayan! ¿Y por qué no he de dejar yo que se vaya Clavijo? Si ésta es la moda de Francia, ¿por qué no ha de ser moda española? ¿Por qué una francesa no se ha de sentir francesa en España? Lo dejaremos marchar y buscaremos otro. Me parece que es así como se hace en nuestra tierra.

## **BUENCO**

— Ha faltado a una solemne promesa; no ha roto un fácil enredo, ni un devaneo de sociedad. Mademoiselle: ha sido usted ofendida, lastimada en lo más profundo de su corazón. ¡Oh! Nunca me ha parecido más abrumadora, más angustiosa mi posición de insignificante y pacífico vecino de Madrid, que ahora, que me siento débil e incapaz de obtener justicia a favor de usted contra un falso cortesano.

## **MARÍA**

— Cuando no era más que Clavijo, cuando aún no era archivero del rey, sino un forastero, un recién venido, acabado de presentar en nuestra casa, ¡qué amable y bueno resultaba! Toda su ambición, sus aspiraciones, parecían hijas de su amor. Por mí era por quien luchaba en demanda de nombre, posición y bienes de fortuna. Ahora los tiene, y yo...

**(Entra GUILBERT.)**

## **GUILBERT**

— (En voz baja, a su mujer.) ¡Ah! Ahí está tu hermano.

## **SOFÍA**

— ¡Ven, ven, hermana! Ven a descansar un momento... Está fuera de sí. (Se la llevan.)

## **MARÍA**

— ¡Mi hermano! (Tiembla; la llevan a una silla.) ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Traedlo! ¡Llevadme!

**(Entra BEAUMARCHAIS.)**

## **BEAUMARCHAIS**

— ¡Hermana mía! (Apártase de la mayor y precipítase hacia la más joven.) ¡Hermana mía! ¡Amigos! ¡Hermanos!

## **MARÍA**

— ¿Estás aquí? ¡Oh! ¡Gracias a Dios que estás aquí!

## **BEAUMARCHAIS**

— ¡Dejadme que me serene!

## **MARÍA**

— ¡Ay, corazón! ¡Pobre corazón mío!

## **SOFÍA**

— ¡Tranquilizaos! Querido hermano: esperaba verte más tranquilo.

## **BEAUMARCHAIS**

— ¡Más tranquilo! ¿Es que estáis tranquilas vosotras? ¿Es que no veo en el desfigurado semblante de esa pobrecita, en sus ojos consumidos por el llanto, en su dolorida palidez, en el mortal silencio de vuestros amigos, que sois tan desgraciadas como me lo vine figurando todo a lo largo del camino? Más desgraciadas aún, pues ahora os veo, os tengo entre mis brazos... ¡La presencia redobla mi sentimiento, hermana bien amada!

## **SOFÍA**

— ¿Ande nuestro padre?

## **BEAUMARCHAIS**

— Os bendice y me bendice si os salvo.

## **BUENCO**

—Caballero: permita usted a un desconocido, que a primera vista ha reconocido en usted a un hombre valiente y noble, que manifieste el profundo interés que pone en este asunto. ¡Caballero! Ha emprendido usted este enorme viaje para salvar a su hermana, para vengarla. Bienvenido sea; bienvenido como un ángel, aunque al mismo tiempo venga usted a avergonzarnos a todos.

## **BEAUMARCHAIS**

—Esperaba yo, señor mío, que había de encontrar en España corazones como el de usted; eso me ha estimulado a dar este paso. En ninguna parte del mundo, en ninguna, faltan espíritus que ayuden y aprueben cuando se presenta alguien a quien las circunstancias otorgan plena libertad para realizar sus decisiones. Amigos míos: estoy lleno de esperanza: en todos lados hay excelentes personas entre los grandes y poderosos, y los oídos de los monarcas rara vez son sordos; sólo que nuestras voces suelen ser demasiado débiles para llegar tan alto. Quiera Dios que seas inocente; y entonces, la mayor, la más tremenda venganza sobre el traidor. (Vanse Sofía y María.) ¡Hermano mío! ¡Amigos míos! Leo en vuestras miradas que lo sois. Dejad que me serene, y después hacedme un completo e imparcial relato de todo lo sucedido para que regule mis actos por él. El sentimiento de defender una buena causa fortalece mi decisión. ¡Creedme: si tenemos razón, obtendremos justicia!

# **ACTO SEGUNDO**

**En casa de Clavijo.**

**(CLAVIJO.)**

**CLAVIJO**

—¿Quiénes podrán ser esos franceses que me han anunciado su visita?... ¡Franceses! En otro tiempo me era muy simpática esa nación... ¿Y por qué no ahora? A cualquiera asombraría que se ocupe de semejante menudencia un hombre que sabe sobreponerse a tantas cosas... ¡Bah!... ¿He de estar obligado a más, con respecto a María, de lo que lo estoy conmigo mismo? ¿Será deber mío labrar mi propia desdicha porque una muchacha se haya enamorado de mí?

**(UN CRIADO.)**

**CRIADO**

—Señor: los extranjeros.

**CLAVIJO**

—Que pasen. Pero ¿le dijiste a su criado que los esperaba a almorzar?

**CRIADO**

—Según lo ordenó el señor.

**CLAVIJO**

—Vuelvo al momento. (Vase.)

**(BEAUMARCHAIS, SAINT-GEORGE. El criado les presenta sillas y se va.)**

**BEAUMARCHAIS**

—¿Qué peso se me ha quitado de encima, amigo mío; qué contento estoy de verme, por fin, aquí, teniéndolo en mi poder sin que pueda escapárseme! Tranquilícese, o, por lo menos, muestre el aspecto más indiferente. ¡Ah, hermana mía, hermana mía! ¿Quién había de creer que eras tan inocente

como desgraciada? Se evidenciará y se te vengará de la manera más terrible. Y tú, Dios mío, consérvame la serenidad de ánimo que me prestas en este momento para que, a pesar de mi espantosa pena, proceda con toda moderación y con la mayor prudencia posible. Sí; exijo de usted, amigo mío, toda la prudencia que ha mostrado al deliberar sobre el asunto. Prométame de nuevo, querido, que no olvidará dónde se encuentra. En un reino extranjero, dentro del cual cuantos protectores y dinero tenga carecerán de poder alguno para defenderlo contra las secretas maquinaciones de indignos enemigos. No pase cuidado, y desempeñe usted bien su papel, pues él no debe comprender con quién de los dos tiene que habérselas. Quiero martirizarlo. ¡Oh! Poseo el suficiente buen humor para ir tostando a fuego lento a ese pillo.

**(Vuelve a entrar CLAVIJO.)**

**CLAVIJO**

— Señores: es de una gran alegría para mí ver en mi casa gentes de una nación que siempre he venerado.

**BEAUMARCHAIS**

— Caballero: ojalá fuéramos merecedores del honor que se digna usted hacer a nuestros compatriotas. El afán de conocer a usted ha vencido en nuestro ánimo el temor de ser importunos.

**CLAVIJO**

— Personas tan bien recomendadas por su aspecto no deben llevar la modestia hasta ese punto.

**BEAUMARCHAIS**

— Verdaderamente, no debe de ser cosa nueva para usted verse visitado por desconocidos, ya que la excelencia de sus escritos le ha hecho tan conocido en reinos extranjeros como lo han distinguido en su patria los importantes cargos que su majestad le ha confiado.

## CLAVIJO

—El rey se muestra muy benévolo con mis pequeñísimos servicios, y el público, muy indulgente para los insignificantes ensayos de mi pluma. Desearía que, en la medida de mis fuerzas, me fuera dado contribuir al mejoramiento del gusto en mi país y a la difusión de las ciencias, pues ellas son lo único que nos liga con las otras naciones: convierten en amigos a los más alejados espíritus, y mantienen las más gratas relaciones hasta entre aquellos a quienes, por desgracia, suelen dividir las razones de estado.

## BEAUMARCHAIS

—Es delicioso oír hablar así a un hombre que ejerce idéntica influencia en la política y las ciencias. Asimismo he de manifestarle que se ha adelantado usted a mi pensamiento, llevándome directamente a tratar de la pretensión, por cuya causa me encuentro en su presencia. Una sociedad de gentes sabias y dignas me ha encargado que, si encontraba ocasión, adondequiera que llegara, la pusiera en correspondencia con los mejores ingenios del país. No hay español que escriba mejor que la pluma animadora del periódico que tan conocido se ha hecho bajo el título de *El Pensador*, y con quien tengo la honra de hablar. (Clavijo hace una cortés reverencia.) Como este personaje es singular ornamento del mundo de los sabios, por haber sabido unir a su ciencia un grado tal de prudencia mundana, que no podrá menos de ascenderle a los brillantes puestos de que le hacen merecedor su carácter y conocimientos, entiendo que prestaría un relevante servicio a mis amigos poniéndolos en relación con tan eximia figura.

## CLAVIJO

—Nada en el mundo podría ser más halagüeño para mí que tal proposición, señores míos; merced a ella veo realizadas las más gratas ilusiones a que con frecuencia se entregaba mi corazón, sin esperanza alguna de que resultaran ciertas. No es que yo crea poder satisfacer los deseos de sus amigos con mi correspondencia; mi vanidad no va tan lejos. Pero como tengo la suerte de que los más insignes entendimientos de España están en relación conmigo, y como nada puede permanecer oculto para mí de cuanto producen referente a ciencias y artes en nuestro vasto imperio gentes solitarias, a menudo desconocidas, hasta ahora me he considerado una especie de vo-

cero suyo, con el pequeño mérito de convertir en cosa de utilidad general los inventos ajenos; pero la intervención de ustedes me trueca en traficante, a quien se reserva la dichosa oportunidad de dilatar la fama de su patria con la exportación de los productos nacionales, al tiempo que la enriquece con tesoros extranjeros. Y, por consiguiente, permita usted, señor mío, que a quien con tanta sencillez me trae tan grato mensaje no le trate como a un desconocido; permítame que le pregunte qué propósito le ha hecho emprender este largo viaje. No es que desee satisfacer indiscretamente una vana curiosidad, figúrese, por el contrario, que le interrogo con la pura intención de emplear en su favor todas las fuerzas y toda la influencia de que pueda disponer, pues le prevengo que ha venido usted a un país donde un extranjero tropieza con innumerables dificultades para el despacho de sus asuntos, sobre todo en la corte.

## BEAUMARCHAIS

— Acepto con la mayor gratitud su amable ofrecimiento. No tengo por qué guardar secretos para usted, caballero, y este amigo no estará de más durante mi relato, pues se halla perfectamente enterado de lo que voy a decirle. (Clavijo contempla con atención a Saint-George.) Un comerciante francés, poseedor de poca hacienda y gran número de hijos, disponía de muchos corresponsales en España. Uno de los más ricos fue a París hace quince años y le hizo la proposición siguiente: "Confíeme dos de sus hijas: las llevaré conmigo a Madrid y cuidaré de ellas. Soy soltero, entrado en años, sin familia; harán la felicidad de mis días postreros, y después de mi muerte quedarán dueñas de una de las más acreditadas casas de comercio de España." Fuéronle confiadas la mayor y una de las hermanas más jóvenes. El padre tomó a su cargo el proveer la casa de todas las mercancías francesas que pudieran apetecerse, y todo marchó a pedir de boca hasta que el corresponsal falleció, sin haberse acordado lo más mínimo de las francesas, que vinieron a encontrarse en el dificultoso trance de tener que regentar solas un comercio nuevo. Mientras tanto, la hermana mayor se había casado, y, a pesar de la exigua cuantía de sus bienes, con su buen proceder y la amenidad de su trato, conservaban una porción de amigos que competían, diligentes, en ampliar su crédito y sus negocios. (Clavijo escucha con creciente atención.) Por aquel entonces había sido presentado en la casa un mancebo natural de las islas Canarias. (Clavijo pierde toda expresión alegre

de su semblante, y su gravedad va convirtiéndose en una turbación cada vez más visible.) Sin considerar lo humilde de su posición y fortuna, acogiósele amistosamente. Las damas, que advirtieron en él gran deseo de aprender la lengua francesa, le facilitaron los medios de que adquiriera en poco tiempo grandes conocimientos. Lleno de afán de hacerse un nombre, ocurriósele la idea de proporcionar a Madrid la diversión, desconocida aún en su patria, de un semanario a la manera de El Espectador inglés. Sus amigas no dejaron de ayudarlo de todas suertes, y no cabía duda de que la empresa iba a tener el más venturoso resultado. En una palabra: animado por la esperanza de ser dentro de poco hombre de cierto viso, atrevióse a hacer proposiciones de matrimonio a la más joven de las hermanas. Se le dieron esperanzas.

"Trate usted de adquirir fortuna, díjole la mayor, y si un empleo, el favor de la corte o cualquiera otro medio de vida le da derecho a pensar en mi hermana, siempre que ella le prefiera a los demás pretendientes, yo, por mi parte, no podré negarle mi consentimiento." (Clavijo se agita en su silla, preso de la mayor confusión.) La más joven rechazó varios partidos ventajosos, mientras crecía su inclinación hacia él, y le ayudó a soportar las ansias de su espera de un inseguro triunfo; se interesaba por la dicha de aquel hombre como por la suya propia, y le animó a publicar el primer número de su semanario, el cual apareció con un título muy rico en promesas. (Clavijo se encuentra en la perplejidad más espantosa.) (Con la mayor frialdad.) La publicación gozó de asombrosa fortuna; el propio rey, encantado de la aмена producción, otorgó al autor públicas muestras de favor. Fuele prometido el primer destino de importancia que quedase vacante. Desde aquel momento, alejó él del lado de su amada a todos los competidores, cortejándola públicamente. Se aplazó el casamiento sólo en espera del prometido acomodado... Por último, al cabo de seis años de paciencia, ininterrumpida amistad, ayuda y amor por parte de la doncella; al cabo de seis años de afecto, gratitud, favores y sagradas promesas por parte del hombre, apareció el empleo... y desapareció el amante... (Escápasele a Clavijo un gran suspiro, que trata de ocultar; está completamente desconcertado.) La cosa había causado demasiada sensación para que pudiera mirarse con indiferencia su desenlace. Se había alquilado de antemano una casa para dos familias. Todo el mundo hablaba de ello. Los amigos estaban enojados hasta más no poder y buscaban venganza. Solicitóse el auxilio de poderosos protectores. Pero el miserable, iniciado ya en las intrigas de la corte, supo hacer que resultaran estériles todos los esfuerzos, y llevó a tanto su insolencia, que se atrevió a

amenazar a las infelices mujeres; osó decir en su propia cara a los amigos que se dirigieron a él cómo advertía a las francesas que debieran guardarse muy bien de pretender perjudicarle en lo más mínimo, y que si se aventuraran a emprender algo contra él, le sería muy fácil perderlas, por estar ellas en país extranjero, sin protección ni auxilio. La pobre muchacha, al oír la noticia, cayó en tierra, presa de convulsiones que amenazaban poner término a su vida. En su profunda aflicción, la hermana mayor escribió a Francia relatando la afrenta pública que se les infería. La noticia conmovió de la manera más espantosa a un hermano suyo, que pidió licencia para resolver por sí mismo tan embrollado asunto. Como en un vuelo vino de París a Madrid, y ese hermano... soy yo, que lo he abandonado todo: patria, deberes, familia, posición, comodidades, para vengar en España a una inocente y desdichada hermana. Armado de la razón que me asiste y de mi decisión de hacerla valer, vengo a desenmascarar a un traidor, a marcar con sangrientos rasgos su alma en su semblante, y el traidor... ¡eres tú!

### **CLAVIJO**

—¡Oiga usted, caballero!... Yo soy... Yo he... No dudo...

### **BEAUMARCHAIS**

—¡No me interrumpa! Usted no tiene nada que decirme y sí mucho que oír de mí. Y ahora, como principio, haga el favor de declarar delante de este caballero, que ha venido expresamente de Francia para enterarse de ello, si a causa de alguna infidelidad, ligereza, flaqueza, grosería o cualquier otra falta, ha merecido de usted esta afrenta pública mi hermana.

### **CLAVIJO**

—No, señor. Su hermana doña María es una dama llena de ingenio, amabilidad y virtud.

### **BEAUMARCHAIS**

—¿Le ha dado a usted, durante sus relaciones, cualquier motivo de queja o desestima?

## CLAVIJO

— ¡Nunca! ¡Jamás!

## BEAUMARCHAIS

— (Levantándose.) ¿Y por qué, entonces, monstruo, fuiste tan inhumano que atormentaste mortalmente a la infeliz muchacha? ¿Acaso porque su corazón te había preferido a otros diez pretendientes mucho más honrados y ricos que tú?

## CLAVIJO

— ¡Oh, señor mío! ¡Si supiera usted cómo se me ha incitado! ¡Qué diversos consejeros y circunstancias...!

## BEAUMARCHAIS

— ¡Basta! (A Saint-George.) Ya ha oído usted la justificación de mi hermana; váyase ahora y divúlguela. Lo demás que tengo que decirle a este señor no necesita testigos. (Clavijo se levanta; Saint-George sale.) ¡No se mueva usted! (Los dos vuelven a sentarse.) Ya que hemos avanzado tanto, voy a hacerle una proposición, que probablemente aprobará. Es conveniente para usted, como para mí, que no se case con María, y bien comprendo que no he venido a hacer el papel de hermano de comedia que desenlaza la trama proporcionándole marido a su hermana. Usted, a sangre fría, afrentó a una doncella honrada, porque creyó que no tendría quién la defendiera ni vengara al encontrarse en país extranjero. Así se porta un infame, un miserable. De manera que, ante todo, habrá de declarar por escrito, de su puño y letra, voluntariamente, con las puertas abiertas, en presencia de sus criados, que es usted un hombre abominable, y que, sin el menor motivo, ha engañado, burlado y humillado a mi hermana. Con esta declaración voy a Aranjuez, donde reside nuestro embajador; se la muestro, la hago imprimir, y pasado mañana todo Madrid estará inundado de ejemplares. Tengo aquí amigos poderosos, tiempo y dinero, y los he de emplear en perseguir a usted con toda suerte de crueldades, hasta que mi hermana deponga su enojo, se dé por satisfecha y ella misma le defienda.

## CLAVIJO

—No escribo esa declaración.

## BEAUMARCHAIS

—Lo creo sin esfuerzo. Probablemente tampoco yo en su lugar la escribiría. Pero ahora viene lo demás: si no la escribe, desde este momento me constituyo a su lado, no le abandono ni un instante, le acompaño a todas partes, hasta que usted, cansado de tal compañía, trate de verse libre de ella detrás del Buen Retiro. ¿Soy más afortunado que usted? Pues sin ver a mi embajador ni haber hablado aquí con nadie, cojo en mis brazos a mi moribunda hermana, la meto en un coche y me vuelvo con ella a Francia. ¿Le favorece a usted la suerte? Pues he cumplido con mi deber, y usted se ríe a costa nuestra. Mientras tanto, ¡el desayuno! (Beaumarchais toca la campanilla. Un criado trae el chocolate. Beaumarchais coge una jícara y va a pasearse por la inmediata galería, contemplando los cuadros.)

## CLAVIJO

— ¡Aire, aire!... ¡Ah, Clavijo! Te han sorprendido, te han pescado como a un chicuelo... ¿Dónde vas a salir de todo esto, cómo vas a ponerle fin?... ¡Horrible situación en la que te han precipitado tu deslealtad y tu locura! (Coge la espada que está sobre la mesa.) ¡Ea, acabemos!... (Vuelve a dejarla.) Pero ¿no habrá otro camino, otra solución más que la muerte... o el homicidio? ¡Espantoso homicidio!... ¡Arrebatarse a la infeliz muchacha su último consuelo, su solo sostén, su hermano!... ¡Ver correr la sangre de este mancebo, valiente y noble!... ¡Y echar así sobre ti la doble e insoportable maldición de una familia destruida!... ¡Ay, no eran éstas las perspectivas que se abrían ante ti cuando la amable criatura te sedujo con sus gracias en el instante de conocerla!... Y al abandonarla, ¿cómo no viste las espantosas consecuencias de tu vergonzosa acción?... ¡Qué bienaventuranza te esperaba entre sus brazos! ¡Con la amistad de un hermano como éste!... ¡María, María! ¡Si quisieras perdonarme, si llorando a tus pies me fuera dado expiar mis culpas!... ¿Ande por qué no?... Mi corazón se desborda; el alma se abre a la esperanza... ¡Caballero!

## BEAUMARCHAIS

—¿Qué resuelve usted?

## **CLAVIJO**

—¡Escúcheme! Mi conducta con su hermana no tiene disculpa. Me ha perdido la vanidad. Temía que todos mis planes, las perspectivas de un glorioso porvenir, vinieran a tierra con tal matrimonio. Si hubiese podido saber que tenía un hermano como usted, ya no habría pasado a mis ojos mi novia por una insignificante extranjera; hubiera esperado de tal unión las mayores ventajas. Caballero: estoy lleno de la más alta estimación hacia usted, y a la vez que me hace sentir vivamente la injusticia de mi proceder, infunde en mí el afán, la fuerza de repararlo todo. ¡Me postro a sus pies! ¡Ayúdeme usted! ¡Ayúdeme, si es posible, a borrar mis culpas y poner término a la desgracia! ¡Concédame otra vez a su hermana, caballero; concédamela de nuevo! ¡Qué feliz sería yo si de su mano recibiera a mi esposa y el perdón de todas mis faltas!

## **BEAUMARCHAIS**

—¡Demasiado tarde! Mi hermana ya no le ama, y yo le aborrezco. Escriba la declaración que le he dicho; no exijo más de usted, y déjeme el cuidado de elegir venganza.

## **CLAVIJO**

—Esa obstinación no es justa ni prudente. Reconozco que no reside en mí el poder de reparar tan graves culpas. ¿Repararlas? Sólo depende del corazón de su excelente hermana, de si ella consiente volver a ver a un miserable, indigno de contemplar la luz del día. Pero su deber de usted, caballero, es intentarlo y proceder en consecuencia, si no quiere que el paso que ha dado se tenga por un juvenil e irreflexivo acaloramiento. Si doña María se mantiene inflexible... ¡Oh, conozco su corazón, y hartos me representa la bondad de su alma celestial!... No obstante, si se mantiene inexorable, entonces será tiempo, caballero...

## **BEAUMARCHAIS**

—Insisto en la declaración.

## **CLAVIJO**

—(Yendo hacia la mesa.) ¿Y si yo echo mano a la espada?

## **BEAUMARCHAIS**

—(Imitándole.) Muy bien; perfectamente, caballero.

## **CLAVIJO**

—(Deteniéndole.) ¡Dos palabras! Usted tiene la razón de su parte; deje que tenga yo la prudencia. ¡Reflexione lo que hace! Pase lo que pase, los dos estaremos irremediablemente perdidos. ¿No habría de morirme yo de dolor y de angustia si su sangre hubiera teñido mi espada, si sobre todas las desgracias que por mi culpa afligen a María viniera aún a añadirse la de arrebatarme la vida de su hermano? Por otra parte..., el matador de Clavijo no volvería jamás a cruzar los Pirineos.

## **BEAUMARCHAIS**

—¡La declaración, la declaración, caballero!

## **CLAVIJO**

—Pues bien; ¡sea! Quiero hacer todo lo necesario para persuadir a usted de la rectitud de propósito que me inspira su presencia. Escribiré la declaración, la escribiré dictada por usted. Pero prométame solamente no hacer uso de ella hasta que yo haya podido convencer a doña María de la mudanza de mi corazón y de mi arrepentimiento, hasta que yo haya hablado un momento con su hermana mayor, hasta que ésta haya dicho unas bondadosas palabras en favor mío a mi amada. ¡Sólo hasta entonces, caballero!

## **BEAUMARCHAIS**

—Parto para Aranjuez.

## **CLAVIJO**

— Está bien; pero la declaración no ha de salir de su cartera hasta que esté usted de regreso. Entonces, si no he alcanzado perdón, dé libre curso a su venganza. Esta proposición es justa, decorosa, prudente; mas si no le parece así, echémoslo a vida o muerte. Usted y su pobre hermana serán las víctimas de su precipitación.

**BEAUMARCHAIS**

— ¡Le honra a usted mucho esa compasión hacia quien ha hecho desgraciada!

**CLAVIJO**

— (Sentándose.) ¿Se da usted por conforme?

**BEAUMARCHAIS**

— Bueno; accedo. Pero ni un momento más. Vuelvo de Aranjuez, preguntado, me entero, y si no ha sido usted perdonado, como espero, como deseo, en el mismo instante me voy con la declaración a la imprenta.

**CLAVIJO**

— (Coge papel.) ¿Cómo la quiere... usted?

**BEAUMARCHAIS**

— Los dos solos, no; en presencia de sus criados, caballero.

**CLAVIJO**

— ¿Para qué? ¡Qué precauciones!

**BEAUMARCHAIS**

— Estoy en España y tengo que habérmelas con usted. Ordéneles usted solamente que permanezcan en la galería inmediata. Es preciso que no pueda decirse que ha sido usted forzado.

## **CLAVIJO**

— ¡Bueno! (Toca la campanilla. Sale un criado.) Llama a la servidumbre y que se junten todos en la galería inmediata. (Vase el criado. Llegan los otros y ocupan la galería.) ¿Deja usted que yo mismo redacte la declaración?

## **BEAUMARCHAIS**

— De ningún modo, caballero. Le ruego que escriba lo que yo le dicte. (Clavijo escribe.) "Yo, el abajo firmante, José Clavijo, archivero del rey..."

## **CLAVIJO**

— Del rey.

## **BEAUMARCHAIS**

— "...reconozco que, habiendo sido recibido amistosamente en casa de madame Guilbert..."

## **CLAVIJO**

— Guilbert.

## **BEAUMARCHAIS**

— "...mediante promesas de casamiento, muchas veces reiteradas, he engañado a su hermana, mademoiselle de Beaumarchais..." ¿Está ya?

## **CLAVIJO**

— ¡Caballero!

## **BEAUMARCHAIS**

— ¿Conoce usted otra palabra que exprese su conducta?

## **CLAVIJO**

—Creía...

**BEAUMARCHAIS**

—Engañado. Ya que lo ha hecho, mejor podrá escribirlo... "La he abandonado, sin que la menor falta o flaqueza de su parte pudiera servir de pretexto o disculpa a este perjurio."

**CLAVIJO**

—¡Adelante!

**BEAUMARCHAIS**

—"Al contrario, el porte de la señorita ha sido siempre honesto, irreprochable y merecedor del mayor respeto."

**CLAVIJO**

—Del mayor respeto.

**BEAUMARCHAIS**

—"Confieso que con mi conducta, con mis irreflexivas palabras, con la interpretación que se ponía en ellas, he humillado en público a esta virtuosa señorita, por lo cual le pido perdón, aunque al propio tiempo no me considero digno de recibirlo..." (Clavijo deja de escribir.) ¡Escriba usted! ¡Escriba usted!... "De lo que doy este testimonio, por libre y plena voluntad, con la promesa especial de que, si esta satisfacción no fuere suficiente, a juicio de la ofendida, estoy dispuesto a dársela en cualquier otra forma que pueda pretenderla. Madrid..."

**CLAVIJO**

—(Se levanta. Hace seña a los criados para que se retiren y tiende el papel a Beaumarchais.) Trato con un ofendido, pero con un hombre de honor. Usted cumplirá su palabra y aplazará su venganza. Por esa única consideración, con esa esperanza, he puesto ante mí el deshonroso papel, a lo cual, en otro caso, nada me hubiera forzado. Pero antes de presentarme a doña

María he decidido dar a alguien la comisión de hablar en favor mío... y ese alguien es usted.

**BEAUMARCHAIS**

— ¡No se lo figure!

**CLAVIJO**

— Por lo menos, dígame el amargo y profundo arrepentimiento que ha visto en mí. Es lo único, lo único que le pido. No me lo niegue. Tendría que valerme de otro intercesor menos poderoso, y, además, usted está obligado a hacerle un relato fiel. Cuénteles cómo me ha dejado.

**BEAUMARCHAIS**

— ¡Bueno! Eso puede ser. Lo haré. Y ahora, ¡adiós!

**CLAVIJO**

— ¡Adiós! (Quiere cogerle la mano. Beaumarchais la retira.) (Solo.) ¡Qué cambio tan inesperado! Es un vértigo, un sueño... No he hecho bien en entregar esa declaración... Pero ha sido tan rápido, tan imprevisto como un rayo.

**(Entra CARLOS.)**

**CARLOS**

— ¿Qué visita has tenido? Está en conmoción toda la casa. ¿Qué ocurre?

**CLAVIJO**

— El hermano de María.

**CARLOS**

— Me lo temía. Ese maldito criado viejo que sirvió en casa de Guilbert y que ahora husmea por mi cuenta, sabía ya desde ayer que lo esperaban, sin

que diera conmigo hasta este momento. ¿Ha estado aquí el hermano en cuestión?

**CLAVIJO**

—Un joven excelente.

**CARLOS**

—De quien muy pronto nos veremos libres. Ya por el camino he pensado el modo... ¿Qué ha acontecido? ¿Un desafío? ¿Una retractación? ¿Venía muy acalorado el mozo?

**CLAVIJO**

—Deseaba una declaración de que su hermana no me dio ningún motivo para dejarla.

**CARLOS**

—¡Y se la has dado!

**CLAVIJO**

—Me pareció lo mejor.

**CARLOS**

—Bueno, bueno, muy bien. ¿Y no se le ocurría ninguna otra cosa?

**CLAVIJO**

—Exigía un desafío o la declaración.

**CARLOS**

—Lo último era preferible. Cualquiera se atreve a exponer su vida ante ese mamarracho romántico. ¿Y ha recurrido a violencias para exigir el documento?

## **CLAVIJO**

—Me lo dictó él mismo, y tuve que hacer que los criados estuvieran en la galería.

## **CARLOS**

—¡Comprendido! ¡Ah, ya te he atrapado, caballere! ¡Eso te pierde! Llámame imbécil si antes de dos días no he metido en la cárcel a ese bribón, y si no hago que se lo lleven a las Indias en la primera leva.

## **CLAVIJO**

—No, no, Carlos. La cosa es muy distinta de lo que tú te figuras. Espero que por su mediación veré cumplido mi vehemente deseo de ser perdonado por aquella infeliz.

## **CARLOS**

—¡Clavijo!

## **CLAVIJO**

—Espero borrar lo pasado, deshacer todo desconcierto y volver a ser un hombre honrado a mis ojos y a los de todo el mundo.

## **CARLOS**

—¡Demonio! ¿Has vuelto a la infancia? ¡Que siempre en ti ha de asomar su oreja el sabio!... ¡Dejarte engañar! ¿No comprendes que todo eso no es más que un plan preparado para cogerte en sus redes?

## **CLAVIJO**

—No, no, Carlos. Él no desea el matrimonio; todos se oponen, y ella no quiere oír hablar de mí.

## **CARLOS**

— ¡Caballito, ni más ni menos! No, amigo mío, no lo tomes a mal, pero ése es un recurso que hasta en las comedias he visto ya empleado para embaucar a algún señorito de pueblo.

**CLAVIJO**

— Me ofendes. Te ruego que guardes tus bromas para el día de mi boda. Estoy decidido a casarme con María, libremente, por propia voluntad. Todas mis esperanzas y toda mi felicidad dependen de que logre alcanzar su perdón. Y después, ¡a paseo el orgullo! El pecho de mi amada es mi cielo, como en otro tiempo; la gloria que gane y todas las grandezas a que me eleve me darán doble alegría, ya que las compartiré conmigo quien duplica mi valer. ¡Adiós! Voy a su casa; por lo menos hablaré con los Guilbert.

**CARLOS**

— ¡Aguarda hasta la tarde!

**CLAVIJO**

— ¡Ni un momento! (Vase.)

**CARLOS**

— (Lo ve marchar y se queda un instante silencioso.) ¡Ese es otro que va a cometer una gran tontería!

## **ACTO TERCERO**

## **Vivienda de Guilbert.**

**(SOFÍA GUILBERT, MARÍA BEAUMARCHAIS.)**

**MARÍA**

—¿Lo has visto? ¡Me tiembla todo el cuerpo! ¿Lo has visto? Estuve a punto de caer desmayada cuando oí que iba a venir. ¡Y tú lo has visto! No, no puedo...; no podré volver a verlo nunca.

**SOFÍA**

—Estaba como enajenada cuando él entró. Porque, ¡ay!, ¿no lo he querido yo, como tú, con el cariño más puro, completo y fraternal? ¿No me ha dolido y atormentado su separación?... ¡Y ahora verlo otra vez a mis pies, lleno de arrepentimiento!... ¡Hermana! No sé qué encanto hay en su aspecto, en el tono de su voz. Es...

**MARÍA**

—¡Nunca, nunca más!

**SOFÍA**

—Es el mismo de siempre; el mismo corazón bueno, dulce y sensible; la misma vehemencia apasionada. Siempre el mismo afán de ser querido y la misma angustia y mortificación cuando se le niega cariño. ¡Todo lo mismo, todo! Y de ti, María, habla igual que en aquellos días dichosos de fogosa pasión; parece como si tu genio protector hubiese provocado este intermedio de infidelidad y separación para interrumpir la uniformidad y languidez de unas relaciones largas, renovando la viveza de vuestros sentimientos.

**MARÍA**

—¿Hablas en su favor?

**SOFÍA**

—No, hermana; no se lo he prometido. Pero, querida mía, veo las cosas como son. Tú y nuestro hermano las veis a una luz demasiado romántica. Tienes de común con muchas excelentes muchachas que tu amante te fue infiel y te abandonó. Lo de que vuelva a presentarse, corregido por el arrepentimiento de sus faltas, queriendo renovar las viejas esperanzas..., es una suerte que otra cualquiera no rechazaría fácilmente.

**MARÍA**

—¡Se me desgarraría el corazón!

**SOFÍA**

—Lo creo. En el primer momento tiene que hacerte una impresión dolorosa...; pero, querida, te ruego no imagines que ese temor y ese aturdimiento que parecen apoderarse de todos tus sentidos, sean efecto del odio, de la antipatía. Tu corazón habla en favor suyo más de lo que tú te figuras, y precisamente por haber deseado con el mayor ahínco su retorno, no te fías ahora de ti misma al volver a verlo.

**MARÍA**

—¡Por piedad!

**SOFÍA**

—Tienes que ser feliz. Si yo conociera que lo despreciabas, que te era indiferente, no te diría una palabra más ni volvería él a ver mi semblante. Pero hay que mirar las cosas como son, cariño mío... Ya me darás las gracias por haberte ayudado a vencer esta tímida vacilación, que es signo del más profundo amor.

**(GUILBERT y BUENCO entran.)**

**SOFÍA**

—Vengan, vengan ustedes, Buenco, Guilbert. Ayúdenme a infundir ánimos y resolución a esta niña, ya que aún es tiempo.

## **BUENCO**

—Quisiera poder decirle: Nunca más le vuelvas a hablar.

## **SOFÍA**

—¡Buenco!

## **BUENCO**

—El corazón se me subleva en el pecho ante la sola idea de que ha de ser dueño de este ángel aquel que lo ha ofendido tan indignamente, arrastrándolo hasta el borde del sepulcro. ¡Ser su dueño! ¿Por qué? ¿Por qué motivo quiere anudar ahora lo que había roto él mismo?... ¿No hay más que volver por lo que se le antoja de nuevo, y decir: "Ahora me gusta, ahora la quiero", como si esta excelente alma fuera una despreciable mercancía que acaba uno por abandonar a cualquier comprador que nos ha atormentado hasta los tuétanos con sus bajos regateos y sus judaicas idas y venidas? No, no voto por él, aunque hablara en su favor el propio corazón de María... Vuelve a presentarse. ¿Ande por qué ahora? ¿Precisamente ahora?... ¿Necesitaba aguardar a la llegada de su valiente hermano, cuya venganza no puede menos de temer, para venir como un niño de la escuela pidiendo perdón? ¡Ah! ¡Es tan cobarde cual miserable!

## **GUILBERT**

—Habla usted como español y como si no conociera a los españoles. En estos momentos se cierne sobre nosotros un gran peligro que no veis ninguno de vosotros.

## **SOFÍA**

—¡Querido Guilbert!

## **GUILBERT**

—Admiro el espíritu emprendedor de nuestro hermano; he contemplado calladamente su conducta heroica, y deseo que todo pueda terminar con

bien, así como que María acabe por decidirse a dar su mano a Clavijo, a quien (sonriéndose) ya tiene entregado su corazón.

**MARÍA**

— Sois crueles.

**SOFÍA**

— Óyelo bien... por favor; óyelo bien.

**GUILBERT**

— Tu hermano, para justificarte a los ojos del mundo, le ha arrancado una declaración que nos perderá.

**BUENCO**

— ¿Cómo?...

**MARÍA**

— ¡Dios mío!

**GUILBERT**

— La escribió con la esperanza de conmoverte. Si no lo consigue, empleará todos los medios posibles para hacer desaparecer ese documento, cosa que está en su mano y hará. Tu hermano se propone imprimirlo y repartirlo inmediatamente después de su regreso de Aranjuez. Temo que, si te obstinas, no llegue a volver.

**MARÍA**

— ¡Guilbert mío!

**SOFÍA**

— ¡Me muero!

## **GUILBERT**

—Clavijo no puede permitir que se divulgue el documento. En caso de que rechazaras su proposición, si es hombre de honor, iría al encuentro de tu hermano, y uno de los dos quedaría sobre el terreno. Tu hermano está perdido, perezca o venza. ¡Un extranjero en España!... ¡Matador de un cortesano favorito!... Hermana mía: es muy laudable que se tengan tan nobles sentimientos e ideas; pero causar su propia perdición y la de los suyos...

## **MARÍA**

—Aconséjame, Sofía; sálvame.

## **GUILBERT**

—Buenco: diga usted si me equivoco.

## **BUENCO**

—No se atreverá; temerá por su vida; pero si no hubiese escrito el documento, no habría solicitado la mano de María.

## **GUILBERT**

—Pero entonces encontrará cientos de hombres que le presten su brazo, que esperen pérfidamente a nuestro hermano en el camino y le arrebaten la vida. ¡Ah!, Buenco, ¿es usted un niño? ¿Cómo se imagina un cortesano que no tenga a sueldo algún asesino?

## **BUENCO**

—El rey es magnánimo y bueno.

## **GUILBERT**

—¡Pues adelante! Penetre usted a través de los muros que le rodean: guardia, etiqueta, todo aquello con que los cortesanos lo han separado de su pueblo, y sálvenos... ¿Quién viene?

**(Entra CLAVIJO.)**

**CLAVIJO**

— ¡La necesito, la necesito! (María lanza un grito y cae en brazos de Sofía.)

**SOFÍA**

— ¡Cruel! ¡En qué situación nos colocas! (Guilbert y Buenco se acercan a ella.)

**CLAVIJO**

— ¡Es ella, ella! ¡Y yo soy Clavijo!... Óigame, querida mía, ya que no quiere verme. En los tiempos en que Guilbert me recibió amistosamente en su casa, cuando yo suponía un pobre joven insignificante y tenía el corazón lleno de irreprimible amor hacia usted, ¿había algún mérito en mí? ¿O fue más bien una íntima concordancia de carácter, una secreta inclinación de los corazones, lo que hizo que tampoco yo le resultase a usted indiferente y que al cabo de algún tiempo pudiera alabarme de poseer plenamente su afecto? Y ahora... ¿no soy el mismo? ¿No es usted la misma? ¿Por qué no he de esperar? ¿Por qué no he de suplicarlo? ¿No querría volver a estrechar contra su pecho a un amigo, a un amante, a quien creyera perdido desde mucho tiempo atrás en una peligrosa y desgraciada navegación, si llegara de improviso y pusiera a sus pies su existencia salva? Y todo este tiempo, ¿he flotado yo en un mar menos tempestuoso? ¿No son nuestras pasiones, contra las cuales vivimos en perpetua lucha, más espantosas, más indomables que las olas que habrían arrastrado a aquel desgraciado lejos de su patria? ¡María, María! ¿Cómo puede usted odiarme si nunca he dejado de amarla? En medio de todos los vértigos, a través de todos los tentadores cantos de la vanidad y del orgullo, me he acordado siempre de aquellos felices y despreocupados días que yo pasaba a sus pies en la más deliciosa contemplación, cuando veíamos abrirse ante nosotros larga serie de floridas perspectivas... Y ahora, ¿por qué no ha de acceder usted a realizar conmigo todo aquello que entonces esperábamos? ¿No quiere gozar con plenitud las dichas de la vida porque un lúgubre intervalo se interpuso entre nuestras esperanzas? No, amada mía; créame: las mejores alegrías del mundo no son puras en ab-

soluto, y las más altas delicias sufren alguna interrupción por culpa de nuestras ambiciones o del destino. ¿Hemos de quejarnos de que lo que ha acaecido no acaeciese de otra guisa, y hemos de incurrir en la falta de alejar de nosotros esta ocasión de restablecer todo lo pasado, tranquilizando a una perturbada familia, recompensando la valerosa acción de un noble hermano y asegurando para siempre nuestra propia dicha?... Amigos míos, de quienes no soy digno; amigos míos, que tenéis que serlo porque lo sois de la virtud, a la que vuelvo a acogirme, unid vuestras súplicas a las mías. ¡María! (Póstrase en tierra.) ¡María! ¿No conoces ya mi voz? ¿No percibes los acentos de mi corazón? ¡María, María!

## **MARÍA**

— ¡Oh, Clavijo!

## **CLAVIJO**

— (Levantándose rápido, y cubre sus manos de ardorosos besos.) ¡Me perdona! ¡Me ama aún! ¡Oh, María! ¡Me lo decía mi corazón! Si me hubiese arrojado a tus pies, llorando en silencio mi dolor y mi arrepentimiento, me habrías comprendido sin palabras como yo sin palabras recibo tu perdón. No, no puede anularse esta afinidad interna de nuestras almas, las cuales se perciben una a otra, lo mismo que en otros tiempos, cuando no era necesaria voz ni gesto para que se comunicaran las más íntimas emociones. ¡María!... ¡María!... ¡María!...

## **BEAUMARCHAIS**

— Sea, pues, así, aunque yo hubiera deseado que fuese de otra manera. (Sonriéndose.) Una doncella implica siempre una criatura de muy buen corazón... Y, amigos míos, también tengo que confesar que el deseo de nuestro embajador era que María le perdonara y que esta enojosa historia pudiera terminarse en un feliz matrimonio.

## **GUILBERT**

— Vuelvo a hallarme tranquilo.

**(BEAUMARCHAIS se presenta.)**

**BEAUMARCHAIS**

— Ya es cuidado de ustedes, y yo me retiro.

**CLAVIJO**

— (Precipitándose hacia él.) ¡Hermano mío!

**BEAUMARCHAIS**

— ¿Le perdonas?

**MARÍA**

— ¡Dejadme, dejadme! ¡Pierdo el sentido! (La llevan fuera.)

**BEAUMARCHAIS**

— ¿Lo ha perdonado?

**BUENCO**

— Así parece.

**BEAUMARCHAIS**

— No merecía esa dicha.

**CLAVIJO**

— Créeme que pienso lo mismo.

**SOFÍA**

— (Volviendo a entrar.) Le perdona. De sus ojos brota un mar de lágrimas. "Que se vaya hasta que me serene", ha añadido, sollozando. "Lo per-

dono." Y ha exclamado, colgándose de mi cuello: "¡Ay, hermana! ¡Por dónde sabrá él que le amo tanto!"

### **CLAVIJO**

—(Besándole la mano.) Soy el hombre más feliz del mundo. ¡Hermano mío!

### **BEAUMARCHAIS**

—(Le abraza.) De buen grado, entonces. Aunque debo decirle que todavía no puedo sentirme amigo suyo, que todavía no le puedo querer. Pero sea usted uno de los nuestros, y olvídese todo. Aquí tiene el documento que me entregó. (Lo saca de su cartera, lo rompe y le da los pedazos.)

### **CLAVIJO**

—Soy vuestro, eternamente vuestro.

### **SOFÍA**

—Le suplico que se retire, para que María no oiga su voz y pueda serenarse. No volverán a verme por su casa.

### **BEAUMARCHAIS**

—¡Caballero!

### **GUILBERT**

—¡Buenco!

### **BUENCO**

—Lo odiaré hasta el día del juicio. Y fíjense bien en la clase de hombre con quien tienen que tratar. (Vase.)

### **GUILBERT**

—Es un lúgubre pajarraco agorero. Ya se avendrá a las buenas con el tiempo, cuando vea que todo va bien.

### **BEAUMARCHAIS**

—Sin embargo, me he precipitado con exceso para devolverle el documento.

### **GUILBERT**

—¡No importa, no importa! ¡No hay que preocuparse! (Vase.)

### **CLAVIJO**

—(Va abrazando a todos.) ¡Adiós! ¡Adiós!... Mil besos a mi ángel. (Vase.)

## **ACTO CUARTO**

### **Vivienda de Clavijo.**

(CARLOS, solo.)

### **CARLOS**

—Es muy laudable que se nombre de oficio un tutor al individuo que con sus prodigalidades o con cualquier otra locura demuestra que tiene oscurecida la razón. Si esto hacen las autoridades, que no suelen preocuparse mucho de nosotros, ¿cómo no ha de hacerlo un amigo? ¡Vas por mal camino,

Clavijo! Pero aún tengo esperanzas. Aunque seas mucho menos dócil que de costumbre, todavía es tiempo de guardarte de una locura que, con tu carácter vehemente y sensible, haría la desgracia de tu vida y te llevaría demasiado pronto a la sepultura. Aquí llega.

**(Entra CLAVIJO, pensativo.)**

**CLAVIJO**

— ¡Buenos días, Carlos!

**CARLOS**

— Saludo melancólico y forzado. ¿Vienes con ese humor de casa de tu novia?

**CLAVIJO**

— ¡Es un ángel! ¡Todos son gente excelente!

**CARLOS**

— No os daréis tanta prisa para la boda, que no tenga uno tiempo de encargarse un traje bordado.

**CLAVIJO**

— Hables en broma o en serio, nuestra boda no será una exhibición de trajes bordados.

**CARLOS**

— Bien lo creo.

**CLAVIJO**

— La única pompa de esa solemnidad serán la complacencia en nosotros mismos y la amistosa armonía que nos une.

**CARLOS**

—¿Celebraréis un casamiento silencioso y humilde?

**CLAVIJO**

—Como gentes que comprenden que su dicha depende de ellos mismos.

**CARLOS**

—Dadas las circunstancias, está muy bien pensado.

**CLAVIJO**

—¡Circunstancias! ¿Qué quieres decir al hablar de circunstancias?

**CARLOS**

—Como van ahora las cosas, como se presentan y se encadenan los acontecimientos.

**CLAVIJO**

—Escucha, Carlos: no puedo sufrir en mis amigos semejante tono de reserva. Ya sé que no eres partidario de ese matrimonio; no obstante, si tienes algo que decir en contra de él, dilo con claridad. ¿Cómo van, pues, las cosas? ¿Cómo se presentan los acontecimientos?

**CARLOS**

—Ocurren en la vida muchos casos asombrosos e inesperados, y peor sería que todo fuera como por carriles. No tendríamos nada de qué admirarnos, nada de qué cuchichear juntando las cabezas, nada de qué murmurar en sociedad.

**CLAVIJO**

—No dejará de levantar polvareda esa boda, ¿eh?

**CARLOS**

— ¡La boda de Clavijo! Por supuesto. ¿Cuántas muchachas hay en Madrid que esperan en ti, que confían en ti, y a quienes haces ahora esta jugarreta?

**CLAVIJO**

— Pues así será.

**CARLOS**

— No puedo por menos de extrañarme. He conocido pocos hombres que ejerzan sobre las mujeres una impresión tan grande y general como tú. En todas las clases sociales hay muchachas buenas que se ocupan de trazar planes y proyectos para lograr atraparte. Unas cuentan con su hermosura; otras, con sus riquezas, su posición, su ingenio, su familia. ¡Cuántos cumplimientos me hacen a mí por amor a ti! Pues, en verdad, no pueden atraerme esos éxitos mi nariz chata, ni mi cabello crespo, ni menos mi conocido desprecio por las mujeres.

**CLAVIJO**

— Te mofas.

**CARLOS**

— ¡Como si yo no hubiese tenido en mi poder declaraciones amorosas garrapateadas por las más delicadas pautas, tan faltas de ortografía como sólo puede estarlo el manuscrito de una doncella estremecida de amor! ¡Cuánta linda tapada no se me ha venido a la mano con tal motivo!

**CLAVIJO**

— ¿Y no decías palabra de todo eso?

**CARLOS**

—Porque no quería distraerte con vanas fantasías, y jamás hubiera podido aconsejarte que te ocuparas en serio de una sola de ellas. ¡Oh, Clavijo, tu suerte le importaba a mi corazón tanto como la mía propia! No tenía ningún amigo sino tú; los hombres me son insoportables, y tú también comienzas a sérmelo.

### **CLAVIJO**

—Te ruego que te tranquilices.

### **CARLOS**

—Se le quema a uno la casa que ha estado construyendo durante diez años, y le mandan un padre confesor que le recomiende resignación cristiana... No debe uno interesarse más que por sí propio; todos los hombres valen lo mismo.

### **CLAVIJO**

—¿Vuelves a tus hostiles manías?

### **CARLOS**

—Si vuelvo a caer por completo en ellas, ¿quién sino tú tendrá la culpa? Yo me decía: ¿qué vale ahora para él el más ventajoso matrimonio? Si fuera hombre vulgar, ya habría llegado bastante lejos; pero con su talento, sus dones, sería imperdonable, sería imposible que se quedara donde está... Hacía proyectos por mi parte. Hay pocos individuos, me argumentaba, tan emprendedores, tan dúctiles, tan espirituales y tan diligentes como él... Es perfecto en todos los terrenos; como archivero puede adquirir rápidamente los más importantes conocimientos, llegará a hacerse indispensable, y cuando ocurra un cambio será ministro.

### **CLAVIJO**

—Te confieso que también he solido entregarme a esos sueños.

### **CARLOS**

— ¡Sueños! Tan seguro como que yo me encaramo a lo alto de una torre si me acerco a ella con el firme propósito de no cejar hasta que la haya escalado, es que superarías todas esas dificultades. Y no me asustaría lo demás. Si no has heredado riquezas, mejor para ti, pues eso pudiera espolearte para adquirirlas y hacerte cauto para conservarlas. Quien anda en las alcabalas y no se enriquece, es un babieca. Además, no sé por qué el país no ha de pagar tantos tributos al ministro como al rey. Éste pone el nombre, y aquél, el esfuerzo... Cuando ya lo tenía concertado todo, comenzaba a pensar en un buen partido para ti. Veía muchas soberbias casas que cerrarían los ojos a la humildad de tu cuna, muchas de las más ricas que con gusto pagarían el boato de tu posición sólo por poder participar de los esplendores del segundo rey. Y ahora...

### **CLAVIJO**

— Eres injusto y rebajas demasiado mi situación presente. ¿Crees tú que no seré capaz de seguir avanzando con paso cada vez más firme?

### **CARLOS**

— Querido amigo: rómpele el tallo a una planta, y por más brotes laterales que después eche, sólo conseguirá, cuando más, llegar a ser un robusto matojo; pero está perdida la orgullosa y regia esbeltez del vástago primero. Y no creas que mirará con indiferencia ese matrimonio la corte. ¿Has olvidado qué clase de personas te disuadieron de las relaciones y del enlace con María? ¿Has olvidado quién te sugirió la prudente idea de abandonarla? Tendré que írtelas nombrando una a una.

### **CLAVIJO**

— Ya me ha atormentado el pensamiento de que muy pocas aprobarían este paso.

### **CARLOS**

— ¡Ni una sola! ¿Cómo no habrán de enojarse tus poderosos amigos de que sin consultar con ellos, sin su consejo, te sacrifiques inmediatamente,

como muchacho aturdido que en la plaza tira su dinero por un puñado de nueces picadas del gusano?

**CLAVIJO**

—Eso es grosero y exagerado, Carlos.

**CARLOS**

—Ni un ápice. Pase que por una pasión haga uno cualquier tontería. No carece de fundamento casarse con una doncella de labor porque es hermosa como un ángel. A quien lo haga se le censurará; pero la gente le tendrá envidia.

**CLAVIJO**

—¡La gente! ¡Siempre la gente!

**CARLOS**

—Ya sabes que no soy de los que andan desalados solicitando el aplauso ajeno; sin embargo, es eterna verdad que quien no hace nada por los demás, no hace nada para sí, y tampoco serás feliz mientras los hombres no te admiren o envidien.

**CLAVIJO**

—El mundo juzga por apariencias. ¡Oh, bien digno de envidia es quien posee el corazón de mi María!

**CARLOS**

—Las cosas son lo que parecen. Pero, realmente, muy ocultas deben de estar las cualidades que hacen envidiable tu dicha; porque en lo que uno alcanza a ver por sus ojos o a comprender con su razón humana...

**CLAVIJO**

—Quieres aniquilarme.

## CARLOS

—¿Cómo ha sido eso?, preguntará toda la villa. ¿Cómo ha sido eso?, preguntará la corte. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo ha sido eso? Es pobre, sin calidad; si Clavijo, en otro tiempo, no hubiese tenido una aventura con ella, nadie sabría de su existencia en el mundo. Debe de ser discreta, simpática, graciosa. Pero ¿quién busca mujer sólo por eso, cuya ilusión se acaba en los primeros tiempos de matrimonio? ¡Ah!, dirá uno, debe de ser gentil, encantadora, excepcionalmente hermosa... Entonces se comprende, dirá otro...

## CLAVIJO

—(Desconcertado, deja escapar un profundo suspiro.) ¡Ay!

## CARLOS

—¿Hermosa?, exclamará alguna, ¡puede pasar! Hace seis años que no la he visto. Quizá se haya transformado en ese tiempo, dirá otra. Conviene estar al cuidado para cuando la exhiba en sociedad, dirá una tercera. Preguntan, acechan, se afanan, esperan, se impacientan, recuérdase siempre al orgulloso Clavijo, que nunca se dejó ver en público, sino llevando en triunfo a una gallarda y magnífica española de ojos soberbios, cuyo pecho exuberante, cuyas floridas mejillas y ardientes miradas parecían preguntar a todos los que la rodeaban: "¿No soy digna de mi caballero?" Y que en su petulancia, para dar distinción y dignidad a su figura, dejaba arrastrar detrás de sí la cola de su vestido... Por fin aparece el señor de Clavijo, y todo el mundo se queda sin saber qué decir... Preséntase con su diminuta francesa, saltacharquillos y de ojos hundidos, que ostenta la consunción en todos sus miembros, aunque haya pintado de blanco y rojo su tez de cadáver. ¡Oh, hermano mío, me pondré furioso y echaré a correr cuando las gentes logren pescarme, acosándome a preguntas, sin alcanzar a comprenderlo!...

## CLAVIJO

—(Cogiéndole la mano.) Amigo mío, hermano mío: me hallo en una situación espantosa. Te lo confieso; reconozco que me quedé horrorizado al volver a ver a María. ¡Qué desfigurada está!... ¡Qué pálida! ¡Qué consumida!... ¡Y todo por culpa mía..., por culpa de mi traición!

## CARLOS

— ¡Farsa, quimera! Estaba tísica ya cuando se encontraba en todo su apogeo la novela de tu amor. Mil veces te lo he dicho, y tú... Pero los enamorados no tenéis vista ni olfato. Es ignominioso, Clavijo... Prescindir así de todo, de todo, por una mujer enferma, que extenderá la peste entre tu descendencia, de modo que todos tus hijos y nietos, llegados a cierta edad, se extinguirán tan calladamente como una lamparilla sin aceite... Un hombre capaz de servir de tronco a una familia que acaso en lo futuro... Acabará por volverme loco. Pierdo la cabeza.

## CLAVIJO

— ¡Ay de ti, que te adentras por un sendero que no recorrerás hasta el final! A tu corazón y a tus sentimientos, que habrían hecho la felicidad de cualquier pacífico burgués ¿por qué habías de juntar un desdichado afán de grandezas? ¿Ande qué es grandeza, Clavijo? ¿Elevarse sobre los demás en categoría y consideración? ¡No lo creas! Si tu corazón no es mayor que el de los otros, si no estás en disposición de pasar tranquilamente por encima de cosas que respetaría un hombre vulgar, con todas tus bandas y condecoraciones, aunque tuvieras coraza, no serás más que un pobre hombre. ¡Cálmate, serénate! (Clavijo se incorpora, contempla a Carlos y le tiende la mano, que éste estrecha fuertemente.) ¡Arriba, arriba, amigo mío, y decídetelo pronto! Mira: voy a prescindir de todo y decir: aquí están estas dos proposiciones en los platillos de una bien equilibrada balanza: o te casas con María, y encuentras tu dicha en una tranquila existencia burguesa entre pacíficas alegrías domésticas, o prosigues el generoso curso de tu carrera hacia la ya próxima meta... Voy a prescindir de todo y decir: esté muda mi lengua; que sólo de su decisión dependa cuál de los dos platillos ha de inclinarse... ¡Pero decídetelo! Nada hay más lamentable en este mundo que un hombre irresoluto que oscila entre dos sentimientos y querría fundir los dos en uno, sin comprender que nada puede unirlos, a no ser la duda y la intranquilidad que le atormentan. Ánimo, y otorga a María tu mano; procede como un buen muchacho que sacrifica la felicidad de su vida a la palabra dada, que considera un deber remediar el daño causado, que jamás hubo de extender la esfera de sus pasiones o de su actividad más allá de donde le es posible poner remedio al daño inferido, y goza así la felicidad de una tranquila existen-

cia limitada, el aplauso de una prudente conciencia y toda la bienaventuranza conferida a los hombres en situación de crear su propia dicha y labrar la alegría de los suyos... Decídete, y yo diré de ti: ¡es todo un hombre!...

### **CLAVIJO**

—¿Qué voy a decirte, Carlos? Cuando la volví a ver, en el primer arrebato, se inclinó hacia ella mi corazón... Pero, ¡ay!, cuando se hubo disipado... Me inspiraba una compasión íntima y profunda lástima; ¡pero lo que es amor!... ¡Mira! Fue como si en ardiente plenitud de júbilo sintiera que recorría mi nuca la mano helada de la muerte. Me esforcé por parecer contento, por hacer mi papel de hombre feliz ante los que me rodeaban... Pero no era ya como antes; todo era forzado y angustioso. Si hubiesen sido más dueños de sí lo habrían notado.

### **CARLOS**

—¡Maldición! ¡Muerte e infierno! ¿Ande quieres hacerla tu esposa? (Clavijo queda sin responder, sumido en sus cavilaciones.) ¡Estás perdido, perdido para siempre! Adiós, hermano mío; prefiero olvidarlo todo y consumir mi vida solitaria, abominando de tu fatal ceguera... ¡Ah, y ello para colmo!... ¡Hacerse despreciable a los ojos del mundo, y no por satisfacer una pasión, un deseo! Contraer voluntariamente una enfermedad que, conforme vaya minando tus fuerzas internas te hará repugnante a la mirada de los hombres.

### **CLAVIJO**

—¡Carlos, Carlos!

### **CARLOS**

—¡Ojalá nunca te hubieses elevado si habías de caer de este modo!... ¡Y con qué ojos lo verá la gente! Fue obra del hermano, dirán todos. Debe de ser bravo mozo para habérselo metido así en el bolsillo; no se atrevió a ponerse delante de su espada. ¡Bah!, comentarán nuestros jóvenes cortesanos fanfarrones bien se advierte que no es caballero. ¡Vamos! Ya podía el francés haber tenido que entenderse conmigo, exclamará, echándose el

sombrero sobre los ojos y dándose palmadas en el bandullo un rapaz que acaso ni siquiera resulte digno de ser tu lacayo.

### **CLAVIJO**

—(Se echa al cuello de Carlos, deshecho en llanto y con trazas de la más fuerte consternación.) ¡Sálvame, amigo mío! ¡Querido, sálvame! ¡Sálvame del doble perjurio, de la inmensa vergüenza de mí mismo! ¡Me muero!

### **CARLOS**

—¡Déjame que lllore! (Se deja caer sobre una silla.)

### **CLAVIJO**

—¡Una chispa, Carlos, de tu fuerza, de tu valor!

### **CARLOS**

—Duerme en tu corazón, y yo soplaré sobre ella hasta que levante llama. Contempla al otro lado la ventura y las grandezas que te esperan. No quiero pintarte estas perspectivas con colores poéticos y brillantes; representatelas tú mismo, con el vigor y con la plena claridad con que se alzaban delante de tu alma antes de que esa cabeza de chorlito francés te trastornara los sentidos. Pero en esto también, Clavijo, sé todo un hombre y sigue tu camino recto, sin mirar a derecha ni a izquierda. Espero que se dilate tu espíritu y llegue a la evidencia de esta gran verdad: los hombres extraordinarios lo son también porque sus deberes difieren de los del resto de los hombres; aquel cuya misión es comprender, regir y conservar un gran todo, no tiene por qué sentir escrúpulos de si desatiende menudos intereses y sacrifica pequeñas al bien de la totalidad. ¿No procede así el Creador en la naturaleza, el rey en su Estado? ¿Por qué no hemos de hacerlo nosotros a semejanza suya? Arroja de ti los restos de una lamentable pasión en los días actuales, tan impropia de ti como la chaquetilla gris y el aire modesto con que llegaste a Madrid. Harto has pagado ya a la infeliz muchacha lo que por ti hiciera, y en cuanto a lo de que le debes el primer amistoso acogimiento... Cualquiera otra, sólo por el placer de tu trato, hubiese hecho tanto o más que ella, sin concebir tales pretensiones... ¿Se te ocurrirá darle al maestro de

la escuela a que has asistido la mitad de tu fortuna sólo porque te enseñó el silabario? ¡Vamos, Clavijo!

### **CLAVIJO**

— Todo eso está muy bien; en términos generales puede ser que tengas razón, no digo que no; pero ahora, ¿cómo hacemos para salir del embrollo en que estamos metidos? Dame un consejo pertinente, busca remedio concreto, y después habla lo que quieras.

### **CARLOS**

— ¡Bueno! Según eso, ¿es que accedes?

### **CLAVIJO**

— Haz que pueda hacerlo y accederé. No soy capaz de pensar en nada. Piensa tú por mí.

### **CARLOS**

— Está bien. Lo primero es que cites a ese señor a un lugar donde, con la espada en la mano, puedas exigir que te devuelva la declaración que redactaste forzada e irreflexivamente.

### **CLAVIJO**

— Ya la tengo; la rompió y me dio los pedazos.

### **CARLOS**

— ¡Magnífico, magnífico! Ya hemos dado el primer paso. ¿Ande me has dejado hablar tanto tiempo? Entonces será mucho más breve. Le escribes una carta diciéndole muy tranquilamente que no te conviene casarte con su hermana; podrá saber el motivo si esta noche, acompañado de un amigo y provisto de su arma favorita, se encuentra en un lugar determinado. Y dicho eso, firmas... Ven, Clavijo, escríbele ahora mismo. Yo seré tu acompañante, y... como no se mezcle el diablo... (Clavijo va hacia la mesa.) ¡Aguarda! ¡Una palabra! Pensándolo mejor, me parece una bobada tal proposición.

¿Quién nos manda ponernos delante de un aventurero irritado? La conducta de ese hombre, su categoría social, no le hacen acreedor a que nosotros lo tratemos como a un igual. Por lo tanto, escúchame. Si lo acuso ante la justicia de haber venido en secreto a Madrid, de haberse hecho recibir en tu casa con nombre supuesto en compañía de un cómplice y de inspirarte primero confianza con amistosas palabras para atacarte después de improviso y forzarte a suscribir esa declaración, marchándose en seguida a publicarla... Eso será romperle el espinazo. Así aprenderá lo que es venir a declarar la guerra a un español en su propio hogar pacífico.

**CLAVIJO**

—Tienes razón.

**CARLOS**

—¿Ande si nosotros, mientras se incoa el proceso, en tanto que el caballere te puede hacernos aún toda clase de jugarretas, procediéramos sobre seguro y lo mandáramos sencillamente prender?

**CLAVIJO**

—Carlos: soy un pobre hombre.

**CARLOS**

—No somos pobres cuando las circunstancias nos obligan a trabajar, sino cuando nos esclavizan. Otro soplo, y vuelves a ser tú mismo.

**CLAVIJO**

—¡Pobre, desdichado! Yo confiaba en que hubieran pasado ya aquellas furias juveniles, aquellas tempestades de llanto, abrumadoras melancolías; confiaba en que, siendo tú un hombre, no volvería más a verte en la aflicción, con las angustias y congojas que tantas veces te hicieron llorar sobre mi pecho en otro tiempo. ¡Anímate, ánimo, Clavijo! Te comprendo, y conozco que eres capaz de realizarlo. ¡Vamos, hombre! Estaría bien que yo, que ya llevo a las costillas más de veinticinco años, y que he visto al mejor

de todos los hombres sudando de espanto, no supiera llevar a término esta farsa. Para ello sólo necesito que me dejes las manos libres: tú no tienes nada que hacer ni nada que escribir. Quien manda encerrar al hermano, bien da a entender, por señas, que no quiere nada con la hermana.

### **CLAVIJO**

—No, Carlos. Pase lo que pase, no puedo consentir eso. No lo consentiré. Beaumarchais es un hombre digno, y a causa de sus justas pretensiones no debe languidecer en una vergonzosa prisión. Busca otro medio, busca otro medio.

### **CARLOS**

—¡Bah, bah, niñerías! No vamos a comérmelo. Estará bien guardado y cuidado, y no será por mucho tiempo, pues en cuanto le dé en las narices que la cosa va en serio, abandonará su celo teatral, regresará a Francia muy humanizado y dará las más atentas gracias si se le señala una pensión vitalicia a su hermana, en busca de lo cual única y exclusivamente se ha llevado a cabo todo.

### **CLAVIJO**

—Sea así, pues; pero portaos bien con él.

### **CARLOS**

—¡No te preocupes!... ¡Otra precaución que no hay que olvidar! No puede saberse si la cosa se divulgará... Acaso le vayan con el cuento, se nos adelante, y todo esté perdido. Por consiguiente, sal de tu casa de modo que ni uno solo de tus criados sepa adónde te has ido. Manda que te pongan en una maleta lo más indispensable. Yo enviaré a un mozo que la lleve y te conduzca adonde ni la misma Santa Hermandad sabría encontrarte. Siempre tengo dispuestos un par de escondrijos adecuados. Adiós.

### **CLAVIJO**

—Hasta la vista.

**CARLOS**

— ¡Ánimo, ánimo! Cuando todo esté terminado, será ocasión de descansar.

---

**Vivienda de Guilbert.**

**(SOFÍA GUILBERT, MARÍA BEAUMARCHAIS, trabajando.)**

**MARÍA**

— ¿Cómo? ¿Tan furioso se marchó Buenco?

**SOFÍA**

— Era natural. Está enamorado de ti. ¿Cómo podría soportar la presencia del hombre que tiene que serle doblemente odioso?

**MARÍA**

— Es el mejor de los hombres que conozco. (Mostrando su labor.) Me parece que debe ser así. Aquí le hago un frunce y prendo el extremo hacia arriba. Hará buen efecto.

**SOFÍA**

— Muy bueno. Yo quiero ponerle una cinta color paja a la cofia. Es lo que me sienta mejor. ¿Te sonríes? Me río de mí misma. Las muchachas somos de condición bien extraña. Apenas tenemos un respiro en nuestros dolores, ya estamos pensando en cintas y adornos.

**SOFÍA**

— No puedes echarte eso en cara. Desde el momento en que te dejó Clavijo, nada hubo capaz de proporcionarte un momento de alegría. (María se estremece y mira hacia la puerta.) ¿Qué tienes?

## MARÍA

—(Angustiada.) Me pareció que entraba alguien... ¡Ah, este pobre corazón! Aún va a acabar conmigo. Mira cómo palpita por tan vano susto.

## SOFÍA

—¡Estate tranquila! Te has puesto pálida. ¡Por Dios, cariño mío!

## MARÍA

—(Señalándose al pecho.) Siento una opresión... y unos latidos... Acabará conmigo. Acaso ni a ellos llegue. Soy una muchacha loca y desgraciada. Dolores y venturas han socavado mi vida a todas horas. Te aseguro que no es completa alegría para mí la de haberle recobrado. Poco tiempo gozaré de la dicha que me espera entre sus brazos.

## SOFÍA

—Hermana mía querida: con esas cavilaciones te destruyes a ti misma.

## MARÍA

—¿Para qué he de engañarme?

## SOFÍA

—Eres joven y dichosa, y debes estar llena de esperanza.

## MARÍA

—¡Esperanza! Con frecuencia embriagó mi alma ese dulce y único bálsamo de la vida. Alegres ensueños juveniles flotaban ante mí y acompañaban la figura amada del hombre único que ahora vuelve a ser mío. ¡Oh, Sofía! ¡Qué encanto le rodea! Desde que no le he visto..., no sé cómo decirlo..., se han desarrollado todas las grandes cualidades que en otro tiempo estaban ocultas bajo su modestia. Se ha hecho todo un hombre, y ese puro sentimiento de su valer con que se presenta totalmente limpio de orgullo o vanidad tiene que adueñarse de todos los corazones... ¿Y ha de ser mío?...

No, hermana mía. No era digna de él entonces, y menos lo soy ahora.  
¡Cásate con él y sé feliz!... Oigo a tu hermano.

**(Entra BEAUMARCHAIS.)**

**BEAUMARCHAIS**

—¿Dónde está Guilbert?

**SOFÍA**

—Hace ya rato que ha salido. No puede tardar.

**MARÍA**

—¿Qué tienes, hermano?... (Se lanza hacia él y le echa los brazos al cuello.) Querido hermano: ¿qué tienes?

**BEAUMARCHAIS**

—Nada. ¡Déjame, María mía!

**MARÍA**

—Si soy tu María, dime qué te disgusta.

**SOFÍA**

—Déjale. Los hombres ponen a veces cara preocupada sin que los disguste nada.

**MARÍA**

—No, no. Hace poco tiempo que veo tu semblante, pero ya expresa para mí todos sus sentimientos; leo sobre tu frente cada una de las emociones de tu alma pura, incapaz de disimulo. Hay algo que te desconcierta. Dínoslo. ¿Qué es?

**BEAUMARCHAIS**

—No es nada, querida. Espero que en el fondo no será nada. Clavijo...

**MARÍA**

—¿Qué?

**BEAUMARCHAIS**

—Vengo de ver a Clavijo. No está en casa.

**SOFÍA**

—¿Y eso te preocupa?

**BEAUMARCHAIS**

—Su portero dice que se ha marchado de viaje, e ignora adónde. Nadie sabe por cuánto tiempo. ¿Será que se hace negar en su casa? ¿Será que realmente se habrá ido de viaje? Pero ¿por qué? ¿Ande para qué?

**MARÍA**

—Lo aguardaremos.

**BEAUMARCHAIS**

—No dices lo que piensas. ¡Ah! La palidez de tus mejillas, el temblor de tu cuerpo, todo, pregona y testimonia que no puedes aguardar. ¡Querida hermana! (La toma en sus brazos.) ¡Por este corazón palpitante, tembloroso y angustiado, lo juro! ¡Escúchame tú, Dios de la justicia! Serás vengada, si él..., desvarió sólo de pensarlo..., si él reincidiera, si se hiciera reo de un doble perjurio espantoso, mofándose de nuestra miseria... No. Imposible..., imposible. ¡Serás vengada!

**SOFÍA**

—Todo eso resulta prematuro, precipitado... Evítale emociones, te lo suplico, hermano mío. (María se sienta.) ¿Qué tienes? ¿Te sientes mala?

**MARÍA**

—No, no. Te asustas por nada.

**SOFÍA**

—(Presentándole un vaso.) Bebe un sorbo.

**MARÍA**

—¡Déjame! ¿Ande para qué?... Bueno, dámelo.

**BEAUMARCHAIS**

—¿Dónde está Guilbert? ¿Dónde está Buenco? Te ruego que mandes a buscarlos. (Vase Sofía.) ¿Cómo te encuentras, María?

**MARÍA**

—Bien; bastante bien. Entonces, crees tú, hermano...

**BEAUMARCHAIS**

—¿Qué, querida mía?

**MARÍA**

—¡Ay!

**BEAUMARCHAIS**

—¿Respiras mal?

**MARÍA**

—El desatado latir de mi corazón me quita el aliento.

**BEAUMARCHAIS**

—¿No tenéis en casa ninguna medicina? ¿No empleas ningún calmante?

**MARÍA**

—No sé más que de uno, y hace tiempo que se lo pido a Dios.

**BEAUMARCHAIS**

—¡Lo tendrás!, y espero que de mi propia mano.

**MARÍA**

—Entonces, bueno. (Entra Sofía.)

**SOFÍA**

—Ahora mismo acaba de llegar un correo con esta carta. Viene de Aranjuez.

**BEAUMARCHAIS**

—Es el sello y la letra de nuestro embajador.

**SOFÍA**

—Le dije que se apeara para tomar algún refrigerio; pero no quiso, porque aún tenía que entregar otras misivas.

**MARÍA**

—Querida: ¿querrías enviar a alguien en busca del médico?

**SOFÍA**

—¿Qué tienes? ¡Cielo santo! ¿Qué tienes?

**MARÍA**

—Vas a asustarme tanto, que acabaré por no atreverme a pedir un vaso de agua... ¡Sofía!... ¡Hermano!... ¿Qué dice la carta?... ¡Mírale cómo tiembla! ¡Cómo pierde todos sus ánimos!

## **SOFÍA**

— ¡Hermano, hermano mío! (Beaumarchais, privado del habla, se abate sobre un asiento y deja caer al suelo la carta.) ¡Hermano mío! (Coge la carta y la lee.)

## **MARÍA**

— Déjame verla, necesito verla... (Intenta levantarse.) ¡Ay! ¡Lo comprendo todo! ¡Es el fin!... ¡Hermana!... ¡Por piedad!... ¡El último y rápido golpe mortal! ¡Nos hace traición!

## **BEAUMARCHAIS**

— (Levantándose de un salto.) ¡Nos hace traición! (Golpeándose la frente y el pecho) ¡Aquí, aquí!... Todo está tan oscuro y tan muerto en mi alma, como si un rayo hubiese paralizado mis sentidos... ¡María, María! ¡Te hace traición!... ¡Y yo estoy junto a ti!... ¿Por qué?... ¿Cómo?... No veo nada..., nada...; ningún camino..., ninguna esperanza... (Arrójase otra vez sobre la silla.)

**(Entra GUILBERT.)**

## **SOFÍA**

— ¡Guilbert! Aconséjanos..., auxílianos... Estamos perdidos.

## **GUILBERT**

— ¡Mujer!

## **SOFÍA**

— Lee, lee... El embajador le anuncia a nuestro hermano que Clavijo ha presentado contra él una denuncia, acusándole de haber entrado en su casa con nombre supuesto, haberle amenazado con una pistola estando él en la cama y haberle obligado a firmar una vergonzosa declaración, y si no se aleja en seguida del reino, lo meterán en la cárcel, de donde ni acaso el propio embajador pueda sacarlo.

## **BEAUMARCHAIS**

—(Alzándose rápido.) Sí; lo harán, lo harán; me arrojarán en una prisión... Pero será arrancándome del lado de su cadáver, del sitio donde me haya recreado en verter su sangre... ¡Ah! ¡Qué terrible, qué espantosa sed de su sangre tengo! ¡Gracias te sean dadas, Dios de los cielos, porque otorgaste tal alivio, tal satisfacción a los hombres en medio de sus ardientes, de sus intolerables dolores! ¡Cómo palpita en mi pecho la sedienta venganza! ¡De qué modo la deliciosa sensación el deseo de su sangre, me saca del anonadamiento, de la torpe indecisión en que me encontraba! ¡Venganza!... ¡Qué dicha experimento! ¡De qué manera todo en mi ser tiende hacia él!... ¡Agarrarlo!... ¡Exterminarlo!...

## **SOFÍA**

—Eres temible, hermano.

## **BEAUMARCHAIS**

—¡Tanto mejor!... ¡Ah!... ¡Ni espada ni arma de fuego! Con estas mismas manos he de ahogarlo, para tener la dicha, la satisfacción de que yo, sólo yo, le doy la muerte.

## **MARÍA**

—¡Ay! ¡Mi corazón, mi corazón!

## **BEAUMARCHAIS**

—Ya que no he podido salvarte, no quedarás sin venganza. Jadeante ven-teo sus huellas, mis dientes anudan su carne, mi paladar, su sangre. ¡Me he trocado en bestia furiosa! ¡Me abrasa las venas me retuerce los nervios, el impulso hacia él!... Odiaría eternamente a quien le diese algún veneno, a quien, asesinandolo lo quitara de mi camino... ¡Oh! ¡Guilbert! ¡Ayúdame a buscarlo! ¿Dónde está Buenco? ¡Ayudadme a encontrarlo!

## **GUILBERT**

—¡Sálvate, sálvate! ¡No estás en ti!

**SOFÍA**

—Huye, hermano mío. ¡Llévatelo de aquí! Está acabando con su hermana.

**(Entra BUENCO.)**

**BUENCO**

—¡Pronto, caballero! ¡Váyase! Ya lo había previsto yo. Anduve con todo cuidado. Le tienden a usted un lazo. Se pierde usted si no huye de la ciudad en este momento.

**BEAUMARCHAIS**

—¡Jamás! ¿Dónde está Clavijo?

**BUENCO**

—No lo sé.

**BEAUMARCHAIS**

—¡Lo sabes! De rodillas te suplico que me lo digas.

**SOFÍA**

—¡Por amor de Dios, Buenco!

**MARÍA**

—¡Ay! ¡Me ahogo, me ahogo! (Cae de espaldas.) Clavijo...

**BUENCO**

—¡Socorro! ¡Se muere!

**SOFÍA**

— ¡Dios de los cielos: no nos abandones!... Vete, vete, hermano.

**BEAUMARCHAIS**

— (Se postra delante de María, la que, a pesar de todos los cuidados, no vuelve a recobrar el sentido.) ¡Abandonarte, abandonarte!

**SOFÍA**

— Quédate, pues, y piérdenos a todos como has dado muerte a María. ¡Oh, desdichada; mueres víctima del aturdimiento de un hermano!

**BEAUMARCHAIS**

— Hermana: no prosigas...

**SOFÍA**

— (Sarcástica.) ¡El salvador!... ¡El vengador!... ¡Sálvate a ti mismo!

**BEAUMARCHAIS**

— ¿Merezco esto?

**SOFÍA**

— ¡Devuélvemela! Y después vete a la prisión, al patíbulo...; derrama tu sangre y devuélvemela.

**BEAUMARCHAIS**

— ¡Sofía!

**SOFÍA**

— ¡Ah!... Ella ya no existe, está muerta... Entonces, guárdate para nosotros. (Echándole los brazos al cuello.) Hermano mío: guárdate para nosotros..., para nuestro padre. ¡Pronto, pronto! Este era su destino... Está cumplido... Hay un Dios en el cielo... Pon en sus manos la venganza.

## **BUENCO**

— ¡En seguida, en seguida! Venga usted conmigo, y yo le esconderé hasta que encontremos manera de que salga usted del reino.

## **BEAUMARCHAIS**

— (Se arroja sobre el cuerpo de María y lo besa.) ¡Hermana mía! (Lo arrancan de su lado; abraza a Sofía y la deja; llévanse a María. Buenco se va con Beaumarchais.)

## **(GUILBERT. UN MÉDICO.)**

## **SOFÍA**

— (Volviendo de la habitación donde ha sido llevada María.) ¡Es demasiado tarde! ¡Ya no existe! ¡Está muerta!

## **GUILBERT**

— ¡Venga usted, caballero! ¡Vea usted por sí mismo! ¡Parece imposible! (Vanse.)

# **ACTO QUINTO**

**Calle delante de la casa de Guilbert. Noche. La casa está abierta. Ante la puerta hay tres hombres, con antorchas, cubiertos por negras hopalandas. Llega Clavijo embozado en su capa, con la espada debajo del brazo. Precédele un criado con una antorcha.**

**(CLAVIJO. UN CRIADO.)**

**CLAVIJO**

—Te dije que no pasaras por esta calle.

**CRIADO**

—Habríamos tenido que dar un gran rodeo, y como el señor tenía tanta prisa... No lejos de aquí para don Carlos.

**CLAVIJO**

—¿Ande qué antorchas son ésas?

**CRIADO**

—Las de un entierro. Venga, señor.

**CLAVIJO**

—¡Un entierro en casa de María! Todo mi cuerpo recorre mortal escalofrío! Acércate y pregunta de quién es el entierro ése.

**CRIADO**

—(Se dirige a los hombres.) ¿A quién vais a enterrar?

**LOS HOMBRES**

—A María Beaumarchais. (Clavijo se sienta en una piedra y se cubre el rostro con el embozo.)

**CRIADO**

—(A Clavijo.) Es el entierro de María Beaumarchais.

**CLAVIJO**

—(Levantándose violentamente.) ¿Y te sientes capaz de repetirlo, traidor...? ¡Qué tremenda palabra hiela el tuétano de mis huesos!

### **CRIADO**

—Silencio, señor... Venga... Piense en el peligro en que se encuentra.

### **CLAVIJO**

—¡Vete al infierno! ¡No me muevo de aquí!

### **CRIADO**

—¡Vuelo en busca de don Carlos! ¡Con tal de que lo encuentre!... Mi señor está fuera de sí. (Vase.)

**(CLAVIJO, solo. A lo lejos, los enterradores.)**

### **CLAVIJO**

—¡Muerta! ¡María, muerta!... ¡Esas antorchas!... ¡Su triste cortejo!... Sin duda es cosa de encantamiento, aparición nocturna que me espanta, poniéndome delante una imagen por la que puedo presagiar el fin de mis traiciones... ¡Aún, aún es tiempo!... ¡Me estremezco!... ¡Mi corazón estalla de terror!... ¡No, no! ¡No morirás!... ¡Allá voy, allá voy!... ¡Desapareced, espíritus nocturnos, que os alzáis en mi camino infundiéndome angustia y miedo!... (Se acerca a ellos.) ¡Desapareced!... Permanecen inmóviles... Se vuelven a mirarme... ¡Ay! ¡Ay de mí! Se trata de hombres como yo... Luego es verdad... ¡Verdad!... ¡Eres capaz de comprenderlo!... ¡Está muerta!... Esta idea me abruma más que todos los horrores de la noche... Está muerta... Ahí la tienes..., la flor caída a tus pies..., y tú... ¡Dios de los cielos: compadécete de mí! ¡Yo no la he matado! ¡Escondeos, estrellas; no miréis abajo, vosotras que tantas veces visteis al criminal lleno de la íntima satisfacción de su dicha, saliendo por estas puertas; vosotras, que oísteis las músicas y canciones con que llenaba la calle de ardientes quimeras que iban a inflamar en deliciosa ansiedad a la doncella que escuchaba en silencio detrás de la reja! Y ahora, en la casa, todo son ayes y lamentos..., y un entierro aquí, en el escenario de tu dicha... ¡María! ¡María! ¡Llévame contigo, llévame contigo!

(Óyense los lúgubres sonos de una música detrás de la escena.) ¡Van a conducirla a la sepultura!... ¡Deteneos..., deteneos!... ¡No cerréis la caja!... ¡Dejadme que vuelva a verla aún otra vez!... (Se precipita hacia la casa.) ¡Ah! ¿A quién osaré presentarme? ¿A quién buscaré en este espantoso dolor?... ¿A sus amigos?... ¿A su hermano, cuyo pecho estará henchido de furiosa pena! (Vuelve a sonar la música.) ¡Me llama, me llama! ¡Ya voy!... ¡Qué temor me envuelve! ¡Qué temblor me detiene! (Por tercera vez comienza la música y sigue sonando. Los de las antorchas se apartan de la puerta; otros tres se unen a ellos y se ponen en orden para rodear el cadáver, que sacan de la casa. Seis hombres portan las andas, sobre las que viene el féretro cubierto.)

**(GUILBERT, BUENCO, de luto riguroso.)**

**CLAVIJO**

—(Adelantándose.) ¡Deteneos!

**GUILBERT**

—¡Qué voz es ésta!

**CLAVIJO**

—¡Deteneos! (Los que portan el féretro se paran.)

**BUENCO**

—¿Quién osa perturbar el imponente cortejo?

**CLAVIJO**

—¡Apead el ataúd!

**GUILBERT**

—¡Ah!

**BUENCO**

— ¡Miserables! ¿No han de tener término tus infamias? ¿Ni aun en la caja está segura de ti?

### **CLAVIJO**

— ¡Dejadme! ¡No me pongáis furioso! ¡Los desgraciados son peligrosos! ¡Tengo que verla! (Echa por tierra el paño que cubre el féretro y levanta su tapa. María yace en él, vestida de blanco, y con las manos cruzadas. Clavijo retrocede y se cubre el rostro con las manos.)

### **BUENCO**

— ¿Quieres resucitarla para volver a darle muerte?

### **CLAVIJO**

— ¡Miserable, burlón!... ¡María!... (Póstrase al pie del ataúd.)

**(Entra BEAUMARCHAIS.)**

### **BEAUMARCHAIS**

— Buenco me ha dejado solo. Dicen que no ha muerto, y necesito verla, aunque se oponga el demonio. Necesito verla. ¡Antorchas! ¡Un cadáver! (Se acerca corriendo, ve el ataúd y cae sobre él sin poder articular palabra; lo levantan; está como desmayado. Guilbert lo sostiene.)

### **CLAVIJO**

— (Alzándose al otro lado del féretro.) ¡María, María!

### **BEAUMARCHAIS**

— (Encolerizándose.) ¿Qué voz es ésa? ¿Quién llama a María?... El metal de esa voz derrama por mis venas el furor más ardiente.

### **CLAVIJO**

— Soy yo. (Beaumarchais lo mira salvajemente y echa mano a la espada; Guilbert lo contiene.) No temo tus ardientes miradas ni la punta de tu espada. Mira estos ojos cerrados y estas manos en cruz.

### **BEAUMARCHAIS**

— ¿Ande eres tú quien me los muestra? (Se desprende de los que lo sujetan; lánzase sobre Clavijo, que saca la espada; luchan. Beaumarchais hunde su acero en el pecho de Clavijo.)

### **CLAVIJO**

— (Vacilando.) ¡Gracias, hermano! Tú nos desposas.

### **BEAUMARCHAIS**

— (Rechazándolo.) ¡Apártate de esa santa, condenado!

### **CLAVIJO**

— ¡Ay de mí! (Los enterradores lo sostienen.) ¡Tu mano! ¿Ande la tuya, Sofía! (Buenco vacila.) ¡Y la suya!

### **BEAUMARCHAIS**

— ¡Sangre! Abre los ojos, María; mira tus galas de novia y después vuelve a cerrarlos para siempre. Mira cómo he consagrado tu tumba con la sangre de tu matador. ¡Hermoso! ¡Soberbio!

**(Llega SOFÍA.)**

### **SOFÍA**

— ¡Hermano! ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

### **BEAUMARCHAIS**

— Acércate, querida, y contempla. Esperaba cubrir de rosas su lecho de esposa; mira las rosas con que adorno su camino del cielo.

## **SOFÍA**

— ¡Estamos perdidos!

## **CLAVIJO**

— Sálvate, insensato; sálvate antes de que rompa el día. Dios, que te ha traído aquí como vengador, te acompañe... ¡Sofía!... ¡Perdóname!... ¡Hermano!... ¡Amigos!... ¡Perdonadme!

## **BEAUMARCHAIS**

— Su sangre, al manar, apaga la ardiente rabia de mi corazón. Todo mi furor desaparece al extinguirse su vida. (Se acerca a Clavijo.) ¡Muere! ¡Te perdono!

## **CLAVIJO**

— Te doy gracias. Eres la de siempre. Doy gracias a todos. Y si aún flotas por estos lugares, espíritu de mi amada, mira hacia abajo, contempla esta bondad celestial, bendícela y perdóname a tu vez... Voy contigo..., voy contigo... Sálvate, hermano mío. Decidme, ¿me perdonó? ¿Cómo fue su muerte?

## **SOFÍA**

— Su última palabra fue tu desventurado nombre. Partió sin un adiós para nosotros.

## **CLAVIJO**

— Iré tras ella y le llevaré los vuestros.

## **(CARLOS. UN CRIADO.)**

## **CARLOS**

— ¡Clavijo! ¡Asesinos!

## **SOFÍA**

—(A Beaumarchais.) ¡Huye, desdichado, huye!

## **CLAVIJO**

—Óyeme, Carlos. Aquí tienes las víctimas de tu prudencia... Y ahora, ¡por la sangre con que irreprimiblemente se me va la vida, salva a mi hermano!...

## **CARLOS**

—¡Amigo mío!... ¿Os estáis todos así? ¡Corred en busca del cirujano!  
(Vuelve el criado.)

## **CLAVIJO**

—Es en vano. ¡Sálvalo, salva a mi desgraciado hermano!... Tu mano en prenda de ello. Acompáñalo hasta la frontera, y... ¡ay!

## **CARLOS**

—(Golpeando el suelo con el pie.) ¡Clavijo, Clavijo!

## **CLAVIJO**

—(Acercándose al ataúd, sobre el que lo apoyan.) ¡María! ¡Tu mano!  
(Desenlaza las manos del cadáver y le coge la derecha.) Tengo su mano... Su helada mano de muerta... ¡Eres mía... Y ahora, este beso de desposado... ¡Ay!...

## **SOFÍA**

—Se muere. Sálvate, hermano. (Beaumarchais se echa al cuello de Sofía. Sofía lo abraza, haciendo al mismo tiempo gesto de alejarlo.)

FIN

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**